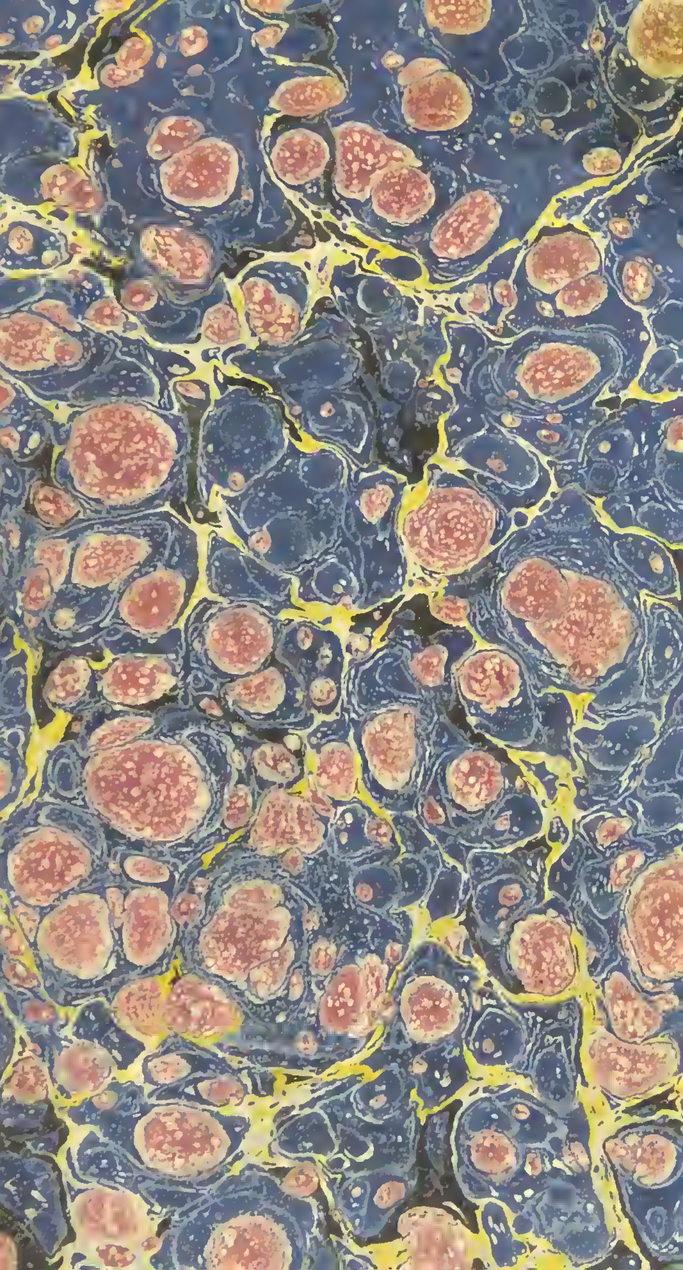



HONOR LABOR VALOR
AVE
MARIA
GRATIA
PLENA
EN LAS
ASTURIAS DE SAN
TILLANA
EX-LIBRIS
FRANCISCO DE LA GUERRA



Suppl

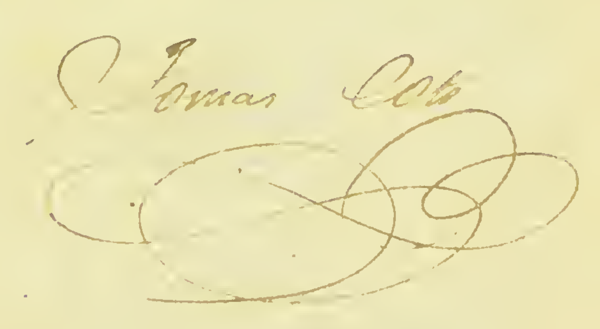
C., L., and E., R.



NOTICIA HISTORICA

DE

Las Pestes y Epidemias.



NOTICIA HISTORICA

DE LAS

PESTES, EPIDEMIAS

y demas contagios

QUE HAN AFLIGIDO LA HUMANIDAD

Desde las épocas mas remotas hasta nuestros dias, con particular mencion del

Cólera Morbo,

que trayendo, como en el dia, su orígen del Asia, fué el azote de la Europa civilizada, en el siglo XIV, por espacio de muchos años.

Por D. L. C. y R. E.

Con licencia.

BARCELONA,

IMPR. DE A. BERGNES Y Cª., CALLE DE ESCUDELLERS, Nº. 13. — MARZO.

1832.


WELLCOME
LIBRARY
INSTITUTE

Introduccion.

De todos los azotes que afligen á la especie humana la peste es, sin contestacion alguna, el mas terrible y el mas temido. A esta palabra se borran de la memoria todas las demas calamidades, y la imaginacion se representa con horror lo frecuente de sus invasiones y el número infinito de sus víctimas. Sus apariciones y la destruccion que ocasiona esta horrible enfermedad forman el cuadro mas deplorable; pero como los medios empleados en todos los paises, ya sea para preservarse de ella ya para hacerla desaparecer, pueden difundir vivas luces sobre el estado de la civilizacion en varias épocas;

hemos creido no debiamos discutir sus relaciones médicas, ni las cuestiones desde tan largo tiempo controvertidas sobre el orígen de este azote, su naturaleza y los medios preservativos ó curativos que se pueden emplear; sino limitarnos á recopilar los hechos mas principales, las prácticas mas notables, y los usos relativos á estas grandes calamidades, porque tales aberraciones son muy propias para pintar las costumbres y recordar las ideas dominantes de cada época, pues describen fielmente los hechos mas característicos de la historia del espíritu humano. Tambien hemos recojido los mismos detalles con relacion á la *lepra*, á la *fiebre amarilla*, al *tiphus*, *al fuego sagrado ó mal de los ardientes*, al *escorbuto*, y á las principales enfermedades epidémicas y contagiosas.

Noticia Histórica

DE LAS

PESTES Y EPIDEMIAS.

Fecha de las apariciones mas notables de la peste.— Noticia circunstanciada de sus devastaciones, y medios de curacion empleados en varias ocasiones para combatirlas. — Víctimas humanas inmoladas. — Sacrificios de animales. — Lazaretos y cuarentenas. — Legislacion, usos y costumbres de la edad media, con relacion á la lepra, *etc.*

Desde los tiempos mas remotos, se conserva en la China la inalterable costumbre de archivar unas memorias que se publican de órden del gobierno, en que se manifiestan las épocas de las pestes y contagios mas memorables por su violencia ó por su duracion, incluyendo la ecsacta descripcion de las

enfermedades, los medios escojidos como preservativos y los remedios para combatirlas; y cuando vuelven á aparecer calamidades de la misma especie aquellos documentos se consultan con la mayor atencion. Parece que en el antiguo Egipto se observaba la misma costumbre, y los sacerdotes habian hecho una coleccion de observaciones, que se conservaban en diez templos : la mayor parte de las prescripciones higiénicas y otras reglas particulares fueron introducidas y amontonadas en las leyes, y no solo los individuos de su órden, mas aun los mismos reyes estaban obligados á someterse á ellas. Moisés, que habia pasado su primera juventud en la córte de los monarcas egipcios, conocia todas estas reglas y costumbres, é impuso la mayor parte de ellas á su pueblo. El suelo de Egipto y el poco adelanto de ciertas artes, hacian precisas á cada momento muchas pre-

cauciones, que los descubrimientos modernos tanto, acaso, como la diferencia de clima, pueden hacer que nosotros descuidemos sin peligro.

En tiempos de peste y de calamidad, los antiguos reyes de Cartago y de Tiro degollaban sus propios hijos en los templos y sobre los altares. En Fenicia, ademas de otras muchas víctimas, los padres inmolaban tambien á sus hijos, y antiguamente cuando la peste se manifestaba en Marsella, ponian ciertas vestiduras misteriosas y sagradas á un jóven, á quien mantenian de intento para hacerle perecer en tiempos de calamidad; y despues de haberle paseado por las calles de la ciudad durante tres dias, le conducian á la cumbre de una roca vecina, desde donde precipitaban á la víctima, para espiar asi los delitos de los habitantes y aplacar á los dioses irritados. La misma superstición dictaba, no ha mu-

chos años, las mismas barbaries en las islas del mar del Sur. En la idea de que los dioses se complacen con las lágrimas de los infelices, los habitantes de aquellos paises hacian perecer en los mas crueles tormentos, durante las epidemias, aquellos individuos á quienes los gefes ó los sacerdotes señalaban para el sacrificio. Las víctimas, que de ordinario se escogian eran mugeres embarazadas y niños, cuyos restos servian despues de pasto á los perros, á los cerdos y á las aves de rapiña.—Estas horrorosas costumbres se ejercian, desde tiempo inmemorial, en el norte de Europa. Los antiguos Escandinavos sacrificaban solemnemente noventa y nueve hombres, y otros tantos perros y caballos, á fin de hacer cesar las hambres y epidemias, que muy amenudo desolaban su pais, y aun á veces vertian á los pies de sus ídolos, la sangre de sus reyes. La historia de Noruega

habla de un príncipe que füe quemado vivo por sus súbditos en tiempo de calamidad pública, en honor de Odin, el mayor de sus dioses. El filósofo Porfiro, cita, en su tratado de la *abstinencia de carnes*, muchos paises en que el asesinato de los hombres era prescrito como un deber sagrado y piadoso hácia el cielo. ¿Quién ignora, dice, que en los tiempos presentes, en Roma misma, el dia de la fiesta de Júpiter Latialis, se sacrifica un hombre? Las naciones mas célebres por su dulzura y por su humanidad no se han librado de ser atormentadas por tan horrible frenesí. El *Bhudivahyata*, uno de los libros sagrados del Indostan, dice que la sangre de un pez ó de una tortuga hace que la deidad se muestre favorable por un mes, y la de un cocodrilo por tres; pero Dios, segun el mismo libro, aplaca su ira por espacio de mil años con el sacrificio de un hombre; y por el de cien

mil con el de tres (*).—Los sacerdotes mejicanos redoblaban en tiempos de calamidad su barbarie. Refiere Clavi-

(*) El sacrificar hombres se verifica todavía, en nuestros dias, en muchos paises de la India, aun en aquellos que estan sujetos á la dominacion británica. Los diarios ingleses hacen mencion del interrogatorio sufrido, en 10 de abril de 1822, por un cierto Mosom Buktás, labrador del pueblo de Recter-Kol, que habia sido comisionado por un rajah, para sorprender á unos desdichados indos y conducirlos á su palacio, donde habian de ser públicamente degollados: aquel agente declaró, sin dificultad alguna, que su amo sacrificaba hombres todos los años, desde el mes de enero hasta el de abril, bañándose luego en la sangre de sus víctimas; y que esto lo hacia de resultas de un voto que él y su muger habian hecho para tener hijos. Estas bárbaras costumbres se usaban en la mayor parte de las naciones antiguas, como ya hemos manifestado; pero en tiempos mas recientes los primeros viajeros que penetraron en Africa y en Asia, las hallaron autorizadas por las leyes, y mandadas por las costumbres, entre las miserables hordas de negros que habitan en las orillas del

gero (segun relacion de Sumarica, primer obispo de Méjico), que en 1486, cuando la dedicacion del gran templo de

mar y en medio de las fecundas llanuras del Indostan. «Nosotros bautizamos á una jóven cuyo lugar natal no distaba mas que treinta leguas del pueblo donde nosotros residiamos (dice el capuchino Alejo de Saint-Lo, que visitó el cabo Verde en 1635), y cuya madre habia sido quemada, segun la costumbre del pais, en la misma hoguera donde el cuerpo de su marido habia sido consumido.» Solo las señoras de distincion son las que observan tan diabólicas ceremonias.

«En la India, al contrario, este horrible uso ecsiste con particularidad en las clases inferiores, y por esta misma razon es de temer que no será posible estinguirlo en largo tiempo. El fanatismo y la codicia se aunan para dar cumplimiento á estos suicidios, mas bien aplaudidos que prescritos por los libros de aquella nacion, pues se limitan á presentarlos como agradables á la divinidad.»

Las viudas del Indostan, se ven desde luego invitadas por sus propios parientes á sacrificarse: estos, que tendrian que mantenerlas, se ven por este medio libres de semejante cargo, y go-

aquella ciudad, se sacrificaron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro cautivos, prisioneros de guerra, que

zan ademas la lisonjera esperanza de heredar mas pronto. Pero quien mas las importuna para que se entreguen á las llamas son los Bramas, sus sacerdotes y sus oráculos, los cuales, despues de la ceremonia, asisten á un solemne convite, reciben una buena retribucion ó regalo, y recogen ademas las cenizas de la hoguera, que contienen siempre las alhajas preciosas con que la víctima iba adornada. Esta es la razon porque nunca dejan de molestar hasta el estremo á las infelices viudas, y cuando ya han conseguido reducirlas á su intento, se aprovechan de la turbacion ó del dolor de los primeros momentos, para arrastrarlas á la fatal hoguera. Siendo sultia (asi es como llaman á las viudas que se sacrifican) sacais á vuestro marido del infierno, las dicen aquellos impostores, vais á habitar al cielo, y purificais las familias de vuestra madre, de vuestro padre y de vuestro marido; si al contrario, lo reusais, padeceréis la mayor ignominia en este mundo, y un largo suplicio en la otra vida: vuestra alma pasará al cuerpo de algun animal inmundo, y todas las transmigraciones

los habian conservado para que concluyeran sus dias de aquella suerte : cuando se erigió el principal altar en la mis-

que esperimentará serán igualmente vergonzosas. » La sultia á quien falta el valor ó que pretende escapar de las llamas que la cercan, es reputada por infame, desechada de todos los de su linage, y lleva consigo la maldicion de sus parientes. El pueblo cree que la cólera del cielo debe castigar la cobardía, desencadenando la peste, el hambre ó la guerra contra aquel pais; y asi es, que rara vez se ve ninguna sultia á quien falte el valor, y que dé muestra de debilidad en los últimos momentos. Se lee en una coleccion de piezas oficiales, sometidas al parlamento de Inglaterra, en su última sesion, y relativas al suicidio de las viudas indas, que el número de las sultias no ha disminuido. En los varios distritos de la presidencia del fuerte William, habia subido al número de quinientos setenta y cinco en 1823, habia sido de quinientos setenta y dos en 1824, y casi la mitad de las víctimas pertenecian al linage de los Bramas. En 1826 las cosechas del Indostan fueron destruidas por las lluvias, y este acontecimiento se atribuyó á la debilidad de una

ma capital, dieron muerte á mas de doce mil; y por lo regular cada año se degollaban veinte mil víctimas humanas, ademas de un gran número de animales. Los Turcos imitaron por mucho tiempo tan bárbaras costumbres, y no ha mucho que en sus navegaciones, arrojaban al mar, sin escrúpulo alguno, para sosegar las tempestades, á los pasageros enfermos ó los judíos que iban en sus embarcaciones.

No sabemos si la peste con que los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel amenazaban tan amenudo á sus contemporáneos, es la misma de ahora, tal como los modernos la conocen y la han descrito; pero se puede conjeturar

sultia, que se habia escapado de las llamas que iban á consumirla. Este sacrilegio dió motivo á que de nuevo le encendieran hogueras por todas partes; y de entonces acá las viudas continuan sacrificándose con todo el fanatismo de los tiempos antiguos.

asi, si se atiende á ciertas particularidades, citadas por el primero de estos profetas, y de que hace mencion Herodoto, como por ejemplo, la destruccion de Pelusa en Egipto, de donde sabemos que la peste ha salido efectivamente muchas veces para desolar el universo. La permanencia del azote con que el gobierno turco amenaza á cada momento á los pueblos civilizados, se atribuye en el Oriente, desde tiempos muy antiguos, á la falta de policía y de aseo que se observa en aquellas bárbaras comarcas.

Hácia el año 110 de la fundacion de Roma, la peste afligió aquella ciudad. La enfermedad, dice Tito Livio, debilitó de tal suerte el valor y las manos de los soldados, que no se podian resolver á tomar las armas otra vez. Tulio Hostilio, que no respiraba mas que guerra, y que habia mirado hasta entonces como debilidad indigna de un

rey ocuparse en ceremonias y observancias de religion, se convirtió de repente en otro hombre; se entregó, sin reserva alguna, á las mas bajas y pueriles supersticiones. No se halló otro remedio á este mal, sino recurrir á los dioses y aplacar su cólera con sacrificios. El año 461 antes de J. C., la peste volvió de nuevo á desolar aquella ciudad, é hizo perecer un gran número de esclavos y de individuos de la clase popular. Segun Dionisio Halicarnasio, al principio llevaban á enterrar los muertos con carretas; pero el número de estos aumentó tan prodigiosamente, que fué preciso echar en el Tiber los cuerpos de las personas menos distinguidas. La cuarta parte de los Senadores, los dos cónsules, y mas de la mitad de los Tribunos fueron del número de las víctimas. El mismo historiador cuenta que diez años despues, esto es 451 años antes de J. C., la

ciudad de Roma volvió á ser desolada por una peste que se llevó todos los esclavos y la mitad de los ciudadanos; sin que los médicos los parientes, ni los amigos de los enfermos pudiesen darles ningun alivio, porque, para contraer la enfermedad bastaba solo el acercarse á ellos. Pereció Quintilio, uno de los Cónsules, y muchos magistrados; y como la peste habia hecho descuidar el cultivo de las tierras, fué consiguientemente seguida de la hambre.

Los años 429, 430, y 431 antes de J. C. fueron de una funesta celebridad en los anales de la Grecia por la peste de Atenas, cuya historia describió Tucydides. Segun este historiador, que tambien se vió atacado del contagio, este habia sido hasta entonces desconocido en el Atica, habiendo tenido principio en Etiopia, de donde se esparció sucesivamente por la Libia y por Egipto, hiriendo de muerte á to-

dos aquellos que quisieron socorrer á los enfermos. Los Atenienses acusaron á los habitantes del Peloponeso, con quienes tenian guerra, diciendo que habian envenenado todos los pozos de su territorio; estravagante reproche, renovado despues en Europa contra los Judíos en la edad media. «Los habitantes del campo, dice Tucidides, tuvieron órden de Pericles para retirarse á la ciudad, con sus ganados y sus riquezas; pero hallándose como amontonados, en chozas oscuras y mal sanas, la pesadumbre y la falta de las cosas necesarias á la vida, ocasionaron muy luego un contagio, que cundió por toda la ciudad y que no tardaron en contraer los médicos que visitaron á los primeros enfermos. Los síntomas de esta enfermedad eran los siguientes: profundo abatimiento del espíritu y del cuerpo, delirio furioso, insomnia, terrores, gemidos redoblados,

convulsiones, calor y sed abrasadores; sufrimientos tan vivos y tan continuos, que obligaron á muchos enfermos á precipitarse á los pozos ó al mar; ojos encendidos, opresion del pecho, úlceras y manchas lívidas por todo el cuerpo, las entrañas parecian como destrozadas; la boca humedecida por una sangre corrompida que ecsalaba hedor muy fétido, muerte por lo regular del séptimo al noveno dia; convalecencia larga para los que no sucumbian, pérdida de la memoria y á veces de algunos miembros. La enfermedad parecia burlarse de los remedios indicados por la esperiencia; un mismo método curativo producia efectos diferentes.» Entonces se vió lo que despues fue notado en la mayor parte de semejantes calamidades, esto es, que las relaciones mas respetables y los lazos mas tiernos se rompieron. Los enfermos sucumbian fatigados, y los

que aun no habian sido atacados por el mal se abandonaban á los mayores desórdenes, porque decian (segun los historiadores testigos oculares) «que no teniendo mas que algunos momentos de vida querian á lo menos pasarlos en el seno de los placeres. La peste pareció calmar al cabo de dos años pero como la infeccion aun no habia sido totalmente destruida, reprodujo las mismas escenas de luto y horror durante otro año entero. Segun Luciano, los Atenienses de resultas de una señal que les pareció ver en el cielo, hicieron libaciones de vino en todas las calles, y habiendo poco despues cesado el azote, creyeron deberse á ello este beneficio, é instituyó el pueblo el sacrificio anuo de un caballo blanco sobre el sepulcro del médico Toxaris, á quien se atribuyó aquella saludable inspiracion. Esta última circunstancia ha dado márgen á que muchos autores

dudasen de si Hipócrates fué realmente á socorrer á los Atenienses como lo pretenden Suidas y Galeno. La peste de Aténas, que presentaba los principales caractéres del escorbuto, como se verá mas adelante, fué muy mortífera. A Pericles le privó de sus hijos Páralo y Xantipo, de su hermana, de la mayor parte de sus parientes, arrebatándole luego á él mismo el año 429. Habiéndosele achacado la pública infelicidad, respondió á sus compatriotas, con estas memorables palabras que nos ha conservado Tucidides. «El contagio no estaba en el número de los males que debiamos prever, y los ha sobrepujado á todos.»

Los límites de esta obra no permiten que hagamos mencion sino de una pequeña parte de cuanto nos han trasmitido los historiadores antiguos sobre las numerosas invasiones de las pestes y epidemias, ó indicar los va-

rios espedientes (las mas veces bárbaros y estravagantes) con que pretendian entonces aplacar al cielo irritado. Nuestro siglo presenta un chocante contraste con aquellos tiempos de estrañas tentativas. La Francia, de donde han salido tantos descubrimientos útiles á la humanidad, está quizás en vísperas de librarla de un azote que muchas veces ha amenazado su ruina. Las esperiencias hechas en Siria, en 1829, por muchos médicos y químicos, con los cloruros de ócsido, preparados en Paris por el doctor La Barraque, han tenido los mas felices resultados. Aquellos viageros se pusieron las ropas de los apestados, purificadas con esta preparacion, conservándolas sobre sí por espacio de diez horas, y procedieron á la autopsia de muchos infelices muertos del contagio, sin esperimentar despues el menor inconveniente en su salud.

En las épocas mas brillantes de su gloria tuvo la Italia que sufrir por las pestes y epidemias tanto como en los tiempos oscuros de la edad media. Tito Livio describe una enfermedad que reinó en Roma desde el año 390 hasta el de 393 de la era cristiana. Entonces recurrieron á la ceremonia llamada *Lectisternium*, que consistia en colocar unas camas ó lechos en los templos, y depositar en ellas las imágenes ó simulacros de los dioses, para ofrecerles sacrificios y servirles festines religiosos. El año 293 antes de J. C. se consultaron los libros sibilinos, para ver como se contendrian los desastres de la peste que desolaba á Roma tres años hacia, y aquellos libros milagrosos anunciaron que era preciso llevar á Esculapio desde Epidaura á Roma : al momento fueron á Grecia diez embajadores y volvieron no con Esculapio, pero sí con una serpiente, en la cual decian que residia el

Dios. Cuando la embarcacion en que iban los embajadores llegó al parage donde el Tiber se divide en dos brazos y forma una isla, el réptil se escapó, y entrando en el Tiber ganó la isla á nado, y no volvió á parecer. Luego publicaron los Romanos que el Dios habia elegido aquel parage para su residencia; mandaron erigir un templo á Esculapio y al momento, dicen los historiadores romanos, cesó la enfermedad. —El mismo azote destruyó en Sicilia, el año 213, un ejército cartaginés mandado por Himilcon.—La peste infestó los Abruzos en el año 206, desolando las cercanías de Roma, y volviendo de nuevo á entrar en ella en 182. La Iliria tuvo tambien que sufrir sus efectos en el de 168, siendo de notar que la presencia del azote coincidió con la apariencia de una prodigiosa cantidad de ranas.—Muchas provincias del Africa fueron despobladas por la peste, el año 151.

Asoló los estados de Mitridates, en el de 74, é hizo perecer gran parte del ejércitó de aquel príncipe. Se introdujo tambien en la Galia meridional, en especial en Marsella, el año 49, en Tesalia el de 48 y en Roma el de 23.

Memorable aparicion de la peste en Roma, el año 65 despues de la *era cristiana*, reinando Neron; en la misma época desoló el Asia Menor, mientras viajaba por ella Apolonio de Tiana, á quien Filostrates y otros muchos escritores atribuyen el milagro de haber librado á Efeso del azote que entonces la asolaba.

La peste tiranizó cruelmente la Palestina, durante el sitio de Jesusalen por Tito y Vespasiano, en el año 69; y las fronteras de Persia en el de 79: recorrió este azote todas las regiones del mundo conocido, é introduciéndose en los campos Romanos hizo perecer en ellos gran número de soldados. Provin-

cias enteras quedaron desiertas; pues despobló el Africa, el año 118, la Arabia en 138, y muchas provincias del imperio Romano, en 141, volviendo á aparecer en Italia en 166.—Galeno, que fue testigo de los desastres que ocasionó en tiempo de Marco Aurelio y de Lucio Vero, abandonó á Roma, retirándose á Aquilea, en donde lejos de proporcionar algun alivio con los socorros de su arte, se dice que el terror de que le veian apoderado, aumentaba el espanto general. Solamente en San Cipriano es donde se halla la descripcion de la epidemia pestilente que asoló el imperio Romano en tiempo de Galo, y que segun parece duró mas de veinte años. Aquel Padre de la Iglesia cree que tuvo principio en Etiopia.

Una peste mortífera se declaró en la China, el año 137, asolando aquel imperio por espacio de once años, y ocasionando en él muchas innovacio-

nes políticas. Cierto empírico llamado Tchang-Kio, se propuso hacer cesar la epidemia, con el uso de cierta agua sobre la cual pronunciaba palabras supersticiosas. Como el buen écsito y la prontitud de sus curaciones le acarrearon muchos discípulos y admiradores, este hombre concibió los proyectos mas ambiciosos; levantó un ejército que los historiadores chinos cuentan ser de quinientos mil hombres, y suscitó una larga y sangrienta revolucion, que al fin fué posible sofocar.—La peste volvió de nuevo á Europa en 189 y 216. Desde el año 250 hasta el de 265 varias partes del territorio Romano se vieron asoladas por el hambre y la peste: la poblacion de muchas ciudades considerables casi pereció entera, y Roma perdió cincuenta mil habitantes. Creyeron entonces ablandar la cólera de los dioses aumentando la pompa y magnificencia de su culto, y sobre

todo persiguiendo á los que miraban como sus enemigos; restableciéronse por consiguiente las leyes de proscripcion espedidas contra los cristianos.— Aparicion de una peste muy mortífera en el Oriente, el año 295, imperando Diocleciano: los enfermos que sobrevivieron quedaron ciegos. En tan tristes circunstancias los padres de la Iglesia Cristiana se dieron á conocer, ejerciendo actos de la mas bien entendida y acendrada humanidad, pues declararon que todos los fieles que se dedicasen á la asistencia de sus hermanos enfermos, esponiendo sus vidas y haciéndose así víctimas de la caridad, serian venerados en los templos como Mártires; y efectivamente, en el Martirologio se ve esta fiesta en 28 de febrero. La Mesopotamia sufrió tambien la epidemia en 308. En 350 se manifestó con una tós, cuyas resultas no tardaron en ser mortales. San Agustin

describe una enfermedad pestilente que reinó en Africa, en aquella época, y que el Santo atribuye á la invasion de una inumerable cantidad de langostas: de 30,000 soldados que habia en la ciudad de Utica, perecieron 20,000, quedando ciegos una porcion de hombres, mugeres y niños. «Como si Dios, dice el continuador de Fleury, hubiese querido vengar el Martirio de aquel gran número de Cristianos á quienes habian hecho arrancar un ojo.» Casi por aquel mismo tiempo un contagio destructor devastó la Italia, particularmente á Roma y Pavía. Entonces, dice el autor de la Crónica de Aquilea, erigieron un altar en honor de san Sebastian, en la iglesia de san Pedro Advincula, y al momento cesó la peste.

Vuelta de la peste á Italia por los años 408 y 465; á Marsella en 503, y á las cercanías de Roma en 538; perecieron entonces una multitud de Go-

dos que tenian puesto asedio á aquella ciudad bajo las órdenes de Vitiges. —Una enfermedad, que los autores de las Crónicas llaman pestilente, se declaró en Francia y especialmente en Paris, en el año 540. En 542 la peste, procedente de Egipto sembró el horror y la muerte por todos los paises conocidos: por espacio de muchos años no fué posible que ni los mares, ni los desiertos, ni los montes, ni la variacion de estaciones bastasen á contener su malignidad, y si alguna comarca pudo al principio librarse de sus furores, al fin fue preciso que probara en lo sucesivo los efectos de su violencia. Los primeros síntomas de aquel azote se vieron en Arles, ciudad de las Galias, el año 555. —Paris y sus cercanías esperimentaron tambien la crueldad de sus influjos. —Habiéndose introducido en Constantinopla, casi al mismo tiempo, arrebataba diariamente hasta 10,000

víctimas, pasando desde alli al Asia y al Africa. Por espacio de medio siglo, no hubo pais alguno que se pudiera librar de sus ataques, llevando por todas partes el terror y la supersticion, compañeros inseparables de ella. La ignorancia y la avaricia contribuian no poco á aumentar los progresos del mal, pues imitando la apatía de los Atenienses en aquella enfermedad que describe Tucidides, no se tomó ninguna medida de salubridad. Tampoco se quemaron ni desinfeccionaron los vestidos ni los efectos de los enfermos, y quedaron libres las relaciones entre los paises, de suerte que los fugitivos llevaban el contagio á todos los asilos que les abria la piedad. Esta enfermedad obraba con una rapidez estraordinaria, sin que nada le sirviera de obstáculo; acometiendo á sus víctimas en la cama, en el paseo y en medio de las ocupaciones ordinarias. Atacaba con frecuencia el celebro

de los enfermos; muchos de ellos tenian los ojos encendidos y brillantes, la cara hinchada y la garganta inflamada; esta última circunstancia era señal de una prócsima muerte. Por espacio de algunos meses perecieron en la sola ciudad de Constantinopla 5 ó 6,000 personas cada dia, y las torres que flanqueaban las murallas de aquella capital, se llenaron de cadáveres. Por la abertura de unos tumores que solian salir en las ingles, los sobacos, y las orejas de los enfermos, se vió que contenian una especie de carbon ó materia negra, del tamaño de una lenteja. Esta enfermedad fue especialmente fatal y mortífera para las mugeres embarazadas, aunque generalmente el bello secso fue el que menos esperimentó su desastrosa influencia. Desoló una inmensa estension de terreno desde Persia hasta Francia. —En 570, la Borgoña esperimentó los rigores de la peste: el contagio se ma-

nifestaba por un tumor ardiente en las ingles ó los sobacos, y los enfermos morian del segundo al tercer dia. Las ciudades de Paris, Leon, Brujas, Chalons-sur-Saone y Dijón quedaron desiertas, muriendo diariamente, durante un espacio de tiempo, 300 personas en Clermont de Auvernia. Vehementes dolores de cabeza y repetidos vómitos caracterizaban esta enfermedad, que desoló la Francia, y especialmente los territorios de Chartres y Orleans. Los enfermos se veian atacados de unas ampollas en los muslos y piernas, que iban en aumento, y al llegar á cierto punto rebentaban, y añaden los autores de las crónicas que entonces emplearon con alguna utilidad el jugo de ciertas hierbas. Año 580, la peste que hubo en Francia arrebató los dos hijos de la reina Fredegunda. Aquel año fue memorable por las abundantes lluvias que hubo, y por la aparicion de un meteoro luminoso;

enormes rocas se desprendieron de los montes Pirineos, y hubo un terremoto que se sintió especialmente en Burdeos. —Un navío procedente de los puertos de España introdujo la peste en Marsella, en 558, y el obispo se retiró, con un corto número de personas, á la Basílica de san Víctor. En 590, año en que san Gregorio llamado el Magno, fue electo Papa, una horrorosa peste asoló muchas partes de Italia; aquel azote, las hambres y los terremotos que hubo, dieron lugar á que aquel santo Pontífice conjeturase que se aprocsimaba la ruina del universo y la entera destruccion del género humano. Estas siniestras ideas, le ocupaban sin cesar. *Cuando no es posible vivir*, dice en sus comentarios sobre Ezequiel, *como será dable esplicar los misterios de* la Escritura? *¿qué nos queda ya que hacer mas que llorar y dar gracias al que nos castiga por nuestros pecados? etc.* El historiador Paulo

refiere en sus curiosos anales que, con la idea de aplacar al Cielo, dividió el santo Pontífice los habitantes de Roma *en siete coros diferentes* que hacian públicas rogativas. El primer coro se componia del clero, el segundo de los abades y sus religiosos, el tercero de las abadesas y sus religiosas, el cuarto de niños, el quinto de hombres seculares, el sexto de viudos, y el séptimo de mugeres casadas. El azote desoló particularmente la Liguria, y no se oian sino quejas y gemidos por todas partes. Aquel año no se recogieron las cosechas; y las casas, convertidas en desiertos, se llenaron de animales silvestres. Como la supersticion domina fácilmente los espíritus abatidos, las gentes creyeron por algun tiempo que se oia el sonido de trompetas como si dieran la señal para algun combate, y el ruido y tumulto de ejércitos que batallaban. La peste volvió á manifes-

tarse en Roma en 608 y 615, tiranizando de nuevo aquella ciudad, y la Alemania en el año de 618. En 639 una violenta peste hizo perecer en Siria 25000 hombres del ejército del califa Omar, que habia tomado á Jerusalen en 637 y á Alepo y Antioquía el año siguiente. Aquel año calamitoso es llamado en las historias árabes *año de destruccion*. Algunas crónicas colocan hácia el año de 666 una horrorosa enfermedad que hizo perecer gran número de habitantes de Paris, de suerte que en solo un convento de aquella ciudad murieron 160 religiosos. Las provincias orientales de Inglaterra tambien sufrieron el mismo azote, que afligió otra vez á la Italia en 680; continuas lluvias y tempestades estraordinarias contribuyeron no poco á aumentar su maligna influencia: la misma constitucion atmosférica se esperimentó en Roma antes de la peste del año 590.

Hubo epidemias pestilentes muy malignas en Italia especialmente en Brescia el año 709; en Constantinopla en 717; en 740 en todo el Oriente, en Grecia, en Sicilia y en Calabria; en 801 en Italia, Francia y Alemania. La aparicion de la enfermedad fue, como ya se ha observado en muchos paises, precedida de sacudimientos y temblores de tierra.

La peste hizo asimismo inmensos estragos en Constantinopla en 812, en Francia en 820, en Alemania en 825, en Inglaterra en 869, en Italia en 889, afligiendo otra vez á Inglaterra en 897, y manteniéndose allí por espacio de tres años. En 873 una peste muy mortífera se declaró en España, en Siria y en Arabia etc. á consecuencia de unos escesivos calores; la ciudad de la Meca quedó casi del todo desierta, el templo de la Caaba estuvo mucho tiempo cerrado á los peregrinos, y la celebracion de las solemnidades religiosas fue

interrumpida. Africa y España sufrieron igual penalidad en 919; y segun los historiadores árabes, el foco de la epidemia adquirió mayor intensidad por la multitud que de continuo se reunian en las mezquitas. En 945, despues de la invasion de los Normandos, Paris y sus alrededores sufrieron una enfermedad llamada *fuego sagrado* ó *mal de los ardientes*, que tambien se esperimentó en Escocia en el año 954, y en Italia y Alemania en 985. «Este mal abrasaba á fuego lento, dice Saugál, sin que fuese posible hallar remedio. Como los remedios parece que no servian de nada, recurrieron á la santa Vírgen, en la iglesia de nuestra Señora que en aquella ocasion sirvió mucho tiempo de hospital.» La mayor parte de los autores que han hablado de esta terrible enfermedad le atribuyen unánimemente los mismos síntomas y los mismos efectos. Su invasion era pron-

ta, y abrasaba las entrañas ó cualquiera otra parte del cuerpo, de suerte que caian á pedazos; bajo de un cutis lívido y cárdeno se iban consumiendo las carnes y separándose de los huesos; y lo que este mal tenia de mas particular es que obraba sin calor, y penetraba de *un frio glacial* á los que atacaba, sucediendo luego despues á este frio mortal un ardor tan grande en las mismas partes afectadas, que esperimentaban en ellas los propios accidentes que ocasiona el cáncer.

La época mas desgraciada y mas fecunda en desastres de aquellos tiempos, es la que se esperimentó á fines del siglo x. Cuantas calamidades pueden afligir al género humano, nacieron á un mismo tiempo de la horrible anarquía á que la Europa estaba entonces entregada: continuas guerras despoblaron las comarcas y arruinaron las habitaciones; los campos cultivados se convirtieron

en matorrales y en lagunas y lodazales llenos de putrefaccion. En Francia la decadencia de la agricultura y la esterilidad del terreno aumentaron las causas destructivas, haciéndose aun mas temibles por las continuas lluvias, las frecuentes inundaciones y los escesivos frios. Los peces morian en los estanques y los rios; y al llegar la primavera, los hálitos que exhalaban sus carnes corrompidas produjeron epidemias y contagios. La vida media del hombre fue reducida de 18 á 20 años, cuando antes en algunas provincias de aquel reino solia ser de 25 á 30. En 994 una peste muy terrible tuvo lugar en la China. Aquel mismo año volvió á aparecer el desastroso contagio conocido con el nombre de mal de los ardientes, y por espacio de algunos años continuó despoblando la Francia la Alemania y la Italia; en el primero de estos reinos murieron segun Meze-

rai mas de 40000 personas, y entre ellas pereció el 24 de octubre de 996 de edad de 50 años Hugo-Capeto, gefe de la tercera dinastía de los reyes de Francia. Un calor abrasador devoraba los miembros de los enfermos, y solo la muerte ponia fin á su suplicio. El rey Hugo mostró en aquellas tristes circunstancias tanta humanidad como valor, pues alimentó y visitó á menudo por sí mismo á muchos millares de infelices que fueron á Paris á buscar algun alivio al rededor de su palacio. Peste casi general hubo en Europa en 1011 y en 1012; y en Inglaterra en 1025. En 1043 vuelve á declararse en Francia la epidemia llamada mal de los ardientes ó fuego sagrado, que consistia en una especie de tumor pestilente. En medio de la devastacion que esperimentaban las provincias de Francia con tan varios azotes, las guerras haciendo su oficio ordinario y produciendo sus

acostumbrados efectos, acababan de completar del modo mas horroroso aquel cuadro de miseria y destruccion. La epidemia llamada fuego sagrado ó fuego de san Anton volvió á ejercer sus rigores en Francia por el año 1089: la primera de estas dos denominaciones ya habia sido empleada por Virgilio en los célebres versos de sus Geórgicas, donde describe patéticamente una peste que atacaba con preferencia á los animales. Galeno y Celso adoptaron sucesivamente la espresion consagrada por el príncipe de los poetas latinos; lo que da márgen á que de paso hagamos notar á los lectores que los hombres en todas épocas han considerado las calamidades estraordinarias como castigos del Cielo. Por lo que hace al nombre de fuego de san Anton, igualmente empleado para significar la misma enfermedad, proviene, segun se dice, de que el papa Urbano II fundó en

1089 una Orden de religiosos bajo la invocacion de san Antonio, para asistir á las personas que la padecian.

Despues de los siglos VII y VIII las enfermedades de todas clases se introdujeron con mas facilidad que nunca en el occidente de Europa, porque las trajeron los bárbaros que entonces la devastaban: estas plagas, lejos de encontrar algun obstáculo que las contuviera, hallaban al contrario, reunido todo cuanto podia favorecer sus irrupciones. En las ciudades, falta absoluta de toda policía, habitaciones húmedas, mal sanas, oscuras y poco ventilosas, calles estrechas, llenas de lodo y de inmundicia, donde apenas penetraba la luz del dia y con dificultad circulaba el aire; miasmas envenenados y emanaciones infectas se exhalaban sin cesar de aquellas apestadas cloacas. Los campos encerraban asimismo muchos elementos de conta-

gio: bosques sombríos y húmedos y guaridas de reptiles asquerosos mantenian las lagunas infectas y cenagosas, daban sombra á las llanuras, y atraian continuamente las nubes; lluvias devastadoras, y de consiguiente frecuentes inundaciones, producian inmediatamente la muerte y la destruccion; y otras veces, además de estos varios focos de insalubridad, se esperimentaban estraordinarias sequías que desarrollaban el gérmen de las mas horrorosas enfermedades. La primera vez que aparecieron en Francia la elefantíasis y las viruelas, enfermedades que nos han sido comunicadas por los árabes, fue en la época de las primeras cruzadas. Tan poco era lo que entonces estaba adelantado el arte, que los médicos mas hábiles que han tenido los árabes, Rhazes, Avicena, Almanzor etc., han confundido siempre esta última enfermedad con la peste propiamente

llamada tal. El papa san Gregorio hace mencion de la elefantíasis, y dice que dos monges fueron atacados de ella por haber muerto un oso. En las leyendas y sermonarios de la edad media se citan otros contagios, y asimismo los singulares preservativos á que los individuos de todas clases solian recurrir. Debemos tambien añadir que la falta de luces paralizaba las limosnas y los actos de la mas heróica caridad: las fundaciones hechas por los reyes, por muchas que fuesen, nunca llegaron á ser bastantes. Se lee en los historiadores que 2000 leproserías establecidas en el reino de Francia, cuya estension era entonces mucho menor que hoy dia, recibieron cada una un legado de 100 sueldos del rey Luis VIII. Mateo Paris afirma que existian en Europa hasta 10000 enfermerías.

Entre los contagios que hicieron tantos estragos en Europa en la edad me-

dia, la lepra fue uno de los mas constantes y mas temidos. Esta enfermedad, que en otros tiempos era muy comun en Oriente, forma el objeto de los capítulos XIII y XIV del *Levítico*, que contiene las leyes de Moisés *para el conocimiento de la lepra* y la *purificacion de los leprosos*. Hipócrates creia que la lepra no era una enfermedad real, sino una mera deformidad. Plinio y Lucrecio opinaban que la que se conoce con el nombre de *elefantíasis* era peculiar de los Egipcios; pues dicen que cuando los reyes de aquella nacion se veian atacados de ella, acostumbraban bañarse en sangre de niños muy tiernos. Son varias las opiniones sobre la época en que este azote se introdujo en el Occidente; pero lo que se sabe de fijo es que en los siglos XI y XII era muy frecuente. Parece que los soldados de Pompeyo llevaron desde la Siria á su pais una enfermedad casi igual, y pues

la ley de los Lombardos prueba que este contagio, habiéndose estendido por Italia antes de las cruzadas, escitó desde entonces la vigilancia de los magistrados. Botharis mandó que un leproso echado de su casa y retirado á un paraje particular no pudiese disponer de sus bienes, porque desde el momento en que habia sido sacado de su casa, estaba *reputado por muerto*. Se dieron á los leprosos ciertas señas para sér conocidos : por ejemplo, se les obligaba á llevar una *tablilla* para que el pueblo los pudiese conocer y apartarse de ellos. La Iglesia romana instituyó exorcismos y ceremonias para la introduccion de los leprosos en los hospicios que les habian de servir de sepultura. El clero los conducia en procesion despues de haber celebrado por ellos *el oficio de difuntos* en una capilla iluminada. Cuando el leproso entraba en el asilo que debia ocupar has-

ta su muerte, se le intimaba la espresa prohibicion de *no parecer en lo sucesivo en las iglesias, ni dejarse ver en las ferias ni mercados, ni menos acompañarse con gente sana.* El cura ó el que oficiaba le ponian en la cabeza con un badil tierra del cementerio, y le hacian las siguientes amonestaciones: *Guardaos bien de entrar en ninguna casa, y no os aparteis de vuestra gavilla; cuando hablareis, iréis á sotavento; para pedir limosna tocaréis vuestras tablillas, y no os separaréis de vuestra cuadrilla sin haberos puesto antes vuestro vestido de buen enfermo. No miraréis á los pozos ni á las fuentes, ni sacaréis agua de ellos vos, sino los vuestros.... ni pasaréis por paraje donde haya barandilla sin haberos puesto los guantes, etc.* Se les prohibia además el *andar descalzos, pasar por calles estrechas, tocar á los niños, darles ninguna cosa, etc.* Si el leproso se esca-

paba de su guarida y andaba por los campos, al momento se oia tocar á rebato y se le perseguia por todas partes como si fuese una fiera. Estas precauciones se observaron con igual severidad por muchos años seguidos en Italia y en Alemania. Hay ciertos versos antiguos que nos han trasmitido las tiernas quejas y el cuadro de los sufrimientos de los infelices leprosos. Entre ellos los hay de un Fraile descalzo aleman, uno de los mejóres poetas del siglo XIV, que iba buscando asilo á lo largo del Rhin, en donde se veia *desechado de las gentes porque no estaba sano*; y segun dice la Crónica de Limbourg, cuenta en aquellos interesantes versos que *se hallaba solo en medio del mundo, y que todos desde sus puertas hacian señas al pobre fraile para que sè alejase....* Esta horrorosa enfermedad se mantuvo en Francia hasta casi mediados del siglo XVII,

en cuya misma época algunos viajeros europeos describieron los vivos dolores que todavía ocasiona en el Oriente á ciertos infelices confinados en una especie de lazareto.

Una horrible peste tiranizó el Oriente y la Alemania en el año 1098; y en 1103 la Inglaterra, donde fue precedida de una gran mortandad de animales. El mismo azote volvió á aparecer en 1112 y 1119 en Italia, y en 1125 en Alemania: hasta el año 1127 fueron continuos los desastres que ocasionó en Europa, viéndose esta al mismo tiempo desolada por el hambre y la guerra. En 1175 hubo horrible peste en Marruecos; y nueva aparicion de este azote en Italia, particularmente en Roma, en 1231. Los estragos de la peste hicieron memorable en la China el año 1232: pues, segun dicen las crónicas del imperio, novecientos mil féretros salieron de la ciudad de Caifon, capital de la

provincia de Honaue, en solo el espacio de 50 dias: esto sin contar una inumerable multitud de indigentes muertos del contagio, que fueron estraidos á carretadas fuera de los muros de la ciudad. En 1234, durante las guerras que tuvo san Luis contra Henrique III, una enfermedad pestilente desoló la Lombardía, la Inglaterra y la Gascuña; y se introdujo en Italia en 1254.

Las crónicas de la edad media rara vez citan algunos hechos, como guerras ú otras necesidades, sin hacer mencion al propio tiempo de los desastres de alguna epidemia. El gérmen del contagio, que una multitud de pobres mal alimentados, casi desnudos, y entregados al mas brutal desórden llevaban consigo, llegaba al mayor grado de infeccion por la falta total de precauciones sanitarias.

Por espacio de mucho tiempo no se

conoció ningun medio eficaz para contener las enfermedades, ni aun en Italia que en el siglo XIII era el pais mas civilizado de Europa; y se miró como una feliz innovacion la órden que dió el papá Nicolao IV para que se encendiese un gran fuego en todas las piezas y corredores de su palacio, queriendo probablemente imitar ló que se dice fue practicado en Atenas por consejo de Hipócrates en semejantes circunstancias. La tentativa que hizo aquel Pontífice para ver si hallaba algun alivio eficaz en las lecciones que nos dan los tiempos pasados, no fue del todo infructuosa, porque algunos paises recurrieron á la esperiencia y á las observaciones. En Oriente conocieron muy luego la necesidad que habia de evitar el roce con aquellos individuos que procedian de lugares infestados. Un escritor del siglo XIII nos da una indicacion bastante puntual de un si-

mulacro de *cuarentena*; y se puede conjeturar con verosimilitud que la Italia debe á algunos negociantes venecianos y genoveses establecidos en el Cairo y en Alejandría, el método de *aislamiento* que los mismos habian adquirido de los religiosos Coptos, quienes retirados en lo mas interior de sus conventos, combaten desde tiempos remotos con las mas peligrosas epidemias. Se ha observado que la voz *enfermería* no habia sido aun empleada, en el sentido que tiene entre nosotros, sino en Marsella en la época de 1589; á pesar de que aquella populosa ciudad habia sido ya víctima de tan terrible azote en mas de veinte ocasiones. Los establecimientos llamados *cuarentenas* fueron construidos segun el modelo de los conventos de san Lázaro, formados en otros tiempos por los cruzados para las enfermedades de lepra; y de aquí proviene, según varios escritores,

el nombre de *lazaretos* que posteriormente se ha dado á semejantes establecimientos, aunque algunos opinan que el orígen de este nombre proviene de otra causa. La aparicion de otra enfermedad, no menos cruel y que muchas veces ha destruido la tripulacion de las flotas europeas, cuenta su fecha desde fines del siglo XIII, época en que ya se empezaban á diferenciar los síntomas de las enfermedades contagiosas. Segun muchos historiadores, el escorbuto fue introducido en Irlanda en 1289 por los Noruegos, y ocasionó una terrible mortandad: en ninguna de las crónicas de los tiempos antiguos se hace mencion alguna de semejante enfermedad. La peste ejerció su acostumbrada crueldad en toda Italia por los años 1301. San Roque, célebre peregrino, natural de Montpeller, y que, segun tradicion, pertenecia á la antigua familia de *La Fayette*,

de Auvernia, tan famosa despues en la historia de la literatura y de la política, socorrió á los enfermos en Plasencia, y contribuyó muchísimo con sus consejos á la curacion de una epizootia que se llevaba casi todos los animales domésticos y de labor en los alrededores de Roma; y de ahí dicen que proviene la costumbre, que aun se observa en muchas provincias de Francia, de hacer bendecir los animales el dia de la fiesta de aquel Santo, que es el 16 del mes de agosto. Enfermedades pestilentes muy malignas aparecieron en Italia en 1311; en el mismo pais y en Borgoña en 1316 y 1321. Los Judíos, que en Francia habian obtenido del rey Luis Hutino en 1321 un título de permanencia para doce años, fueron acusados de haber envenenado el agua de las fuentes y *concluido un tratado con los leprosos*; de cuyas resultas fueron echados del reino aun

antes de haber espirado el tiempo de su permanencia, y muchos de ellos fueron quemados. Los horrores de la peste en toda Europa se aumentaron en 1325 por la presencia de una infinita multitud de langostas que en pocos dias devoraron todas las cosechas de frutos y legumbres. En 1340 la peste arrebató la sexta parte de los habitantes de la Toscana : las crónicas de aquel tiempo atribuyen la repeticion de la misma á dos malas cosechas y á una larga carestía que habia debilitado el temperamento de los pobres. Las muertes fueron tan frecuentes en algunas partes de Italia, y particularmente en Florencia, que se suspendieron las pompas fúnebres ; mas la llegada del invierno pudo por fin contener el contagio. Muchas provincias de Francia esperimentaron el mismo azote en 1342. Los años 1343 y 1344 son memorables en los anales del Egipto por los hor-

rores de una peste muy mortífera.

Los primeros gérmenes de la epidemia casi universal que en 1348 y durante los años siguientes despobló las islas de la Grecia, Constantinopla, la Italia, la Suiza, la Francia, Alemania, España, Hungría, Dinamarca, Inglaterra, Irlanda y Escocia, se desarrollaron en la China el año 1346, segun relacion de muchos autores, que dicen además que el Asia y el Africa se vieron á un mismo tiempo acometidas de ella, y que en 1347 penetró aquel azote al mediodia de la Europa. Con todo, el historiador italiano Villani, cuyo testimonio se halla confirmado por el silencio de las crónicas de la China sobre el particular, asegura que el contagio tuvo principio en Casan de resultas de muchos temblores de tierra; que algunas gentes fugitivas lo llevaron á Levante, donde unas lluvias estraordinarias activaron su natural malignidad;

y que ocho galeras genovesas, habiendo para librarse de ella huido con precipitacion de los puertos del mar Negro habitados por los Turcos, infestaron sucesivamente las islas de Sicilia y de Córcega, desde donde pasó á Italia. Una embarcacion inglesa que habia quedado sin tripulacion y que habia sido echada por una tempestad á la rada de Berghen en Noruega, introdujo el contagio en aquel pais, donde se propagó con una estraordinaria rapidez por la prisa que los habitantes se dieron á recoger los géneros y ropas infestadas que aquella embarcacion contenia. Este horrible azote, conocido en Francia y en Italia con el nombre de *peste negra*, ha sido indistintamente llamado por los escritores del Norte la gran muerte ó la muerte negra. «Arrebató, dice un autor, la cuarta parte de los hombres; y ésta es una de las causas porque la especie humana no se ha mul-

tiplicado en nuestros climas tanto como se cree que debiera haberlo hecho.»
Aquella enfermedad infundió tanto horror á las gentes de algunas comarcas, que llegaron á creer que se comunicaba con la simple mirada. Con este motivo renovaron contra los Judíos la acusacion que en otro tiempo hicieron los Atenienses contra los habitantes del Peloponeso, diciendo que les habian envenenado los manantiales y las fuentes; y de consiguiente, se vieron estos sujetos á tener que sufrir el implacable odio popular. La Groenlandia y muchas provincias de la Rusia perdieron casi todos sus habitantes. Bocacio, que fue testigo de aquella devastadora enfermedad, la mira como originaria del Asia; y pinta con la mayor energía, al principio de su *Decameron*, la negra y horrorosa desesperacion en que la Toscana estaba sumergida. «Todas las leyes de la moral, dice el mismo, fueron olvida-

das; las relaciones de la sociedad fueron impunemente desconocidas y ultrajadas; y ya no se atendia al rango ni calidad de las personas, ni á los antiguos derechos de propiedad. La mayor parte de las habitaciones eran comunes, de suerte que cualquier estraño entraba libremente en ellas y disponia de todo á su arbitrio como si fuera absoluto dueño. Solo ponian cuidado en apartarse de los enfermos. Los habitantes del campo cayeron en una situacion tan deplorable como los de la ciudad: familias enteras perecian sin socorro en medio de los campos y de los caminos; y á vista del hombre fatigado, la tierra volvió á entrar en su primitivo estado silvestre. Los ganados, los animales domésticos y hasta los mismos perros, abandonados á su natural instinto, andaban errantes por los campos, por las tierras labradas y por medio de

las cosechas. Dicen los escritores contemporáneos que los síntomas del mal variaban segun los paises: en Oriente esperimentaban un flujo de sangre por la nariz; en Florencia una hinchazon en las ingles y en los sobacos, que se llamaba *gubocciolo;* y este tumor apareció en lo sucesivo en las demas partes del cuerpo. Los indicios ó señales precursores de la enfermedad variaban aun en los paises de poca estension; pero generalmente el contagio se daba á conocer por cierto número mas ó menos grande de manchas negras ó lívidas. Los enfermos sufrian al principio laxitudes, desmayos y desganas; continuos vómitos les trastornaban el estómago; y finalmente, la sangre de los vasos salia por la nariz, por los pulmones, por los intestinos y por la via de la orina. Bocació observó asimismo la pronta trasmision de la epidemia del hombre á los animales, y al contrario;

entre otros ejemplos, cita el caso de dos cerdos que murieron de repente por haber despedazado con los dientes las ropas de un apestado. Tucídides habia ya observado durante la peste de Atenas que los cuadrúpedos carnívoros no se acercaban á los cadáveres de los apestados; y que si acaso obligados por el hambre devoraban alguno, al momento perecian. Las crónicas de todos los paises de Europa están llenas de detalles de las varias calamidades que produjo aquella terrible epidemia.

En algunos parajes los Judíos habian sido declarados responsables de la pública calamidad (como ya hemos dicho anteriormente): vieron estos sus bienes confiscados, sus casas saqueadas, y fueron víctimas de la mas horrorosa barbarie. En Basilea encerraron á un gran número de aquellos infelices en un edificio de madera, cons-

truido de intento á la orilla del Rhin cerca del puente, y allí fueron quemados vivos. Otros muchos Israelitas perecieron asimismo víctimas de los mas horrorosos suplicios en Constanza, Estrasburgo y otras ciudades vecinas. La aparicion de aquel azote fue mirada en Berna de un modo muy singular: persuadidos los magistrados de que el miedo y el terror contribuian mas que otra cosa á propagar la enfermedad, enviaron á todos los jóvenes, acompañados de música, á asaltar y destruir algunos castillos que los enemigos de aquel canton poseian en el hermoso valle de Simmenthal. Esta espedicion fue mas bien una fiesta que una guerra. Todavía se conservan en aquel pais varias canciones jocosas compuestas en aquella época.

En Inglaterra duró el contagio nueve años, y solo en uno de ellos se llevó 50,000 individuos. Casi todos los ha-

bitantes de Islandia perecieron ; y algunos infelices , que creyeron salvarse subiéndose á la cima de los montes mas elevados, solo consiguieron una muerte dolorosa. Desde esta época parece que las artes, las ciencias y la civilizacion se han olvidado en aquella comarca boreal , y que su historia ha cesado de escribirse. Guido de Chaulieu, de Aviñon, confesor y médico del papa Clemente VI , y doctor de la Universidad de Montpeller , es quien nos ha dejado una memoria detallada relativa á la marcha y estragos de aquel contagio , pues él lo esperimentó tan gravemente , que sus compañeros le desauciaron. Atribuye él mismo en gran parte la causa de aquel contagio á la conjuncion de Saturno , Júpiter y Marte, verificada en 23 de marzo de 1345; época en que apareció la enfermedad en Oriente , donde permaneció hasta 1350. Esta epidemia arrebató 96,000

habitantes á Florencia. Segun el historiador Juan de Muller, hizo perecer en la sola ciudad de Aviñon 120,000 habitantes de todas edades y sexos; y entre otros en 6 de abril de 1348 á la bella *Laura de Novés*, á quien los apasionados versos del Petrarca, su amante, hicieron tan célebre. Por espacio de tres años consecutivos Roma esperimentó la desastrosa influencia de esta enfermedad, que quitó la vida á 60,000 individuos en Nápoles, á 8,000 en Sena, y á 40,000 en Génova. Segun los historiadores de Venecia; los miembros del gran Consejo de aquella ciudad fueron reducidos de 1250 á 380. La isla de Mallorca perdió 30,000 habitantes; y en la ciudad de Zaragoza, donde á la sazon el rey don Pedro el IV tenia Cortes, morian 300 personas cada dia. En Paris, en el Hótel-Dieu, la mortandad fue tanta, que segun dice Mezeray, por espacio de mucho tiempo lle-

varon todos los dias al cementerio de los santos Inocentes mas de 500 muertos conducidos en carretas; número sin duda exorbitante, vista la corta estension que entonces tenia Paris.... La enfermedad se llevó muchísimos religiosos, de modo que los conventos quedaron casi desiertos; y esto se cree que ocasionó la relajacion que se observaba despues en los monasterios. El año precedente (1347), continua Mezeray, habia aparecido sobre la ciudad de Paris, hácia la parte occidental, una estrella muy grande y luminosa, que se veia antes de ponerse el sol, y no distaba mucho de la tierra. Creció estraordinariamente al dia siguiente y se dividió en muchos radios que parecia lanzar sobre la ciudad, como si la amenazara con la furiosa peste que la desoló al año siguiente, etc. El mismo historiador afirma que en aquella época murieron en Paris 80,000

personas, y entre ellas Juana de Borgoña muger del rey Felipe de Valois, y la Duquesa de Normandía su hermana. Estas princesas, que fueron sin cesar á socorrer personalmente á los enfermos y á prodigarles su asistencia con el mas tierno interés, y que mandaron disponer muchos hospitales abundantemente provistos de todo lo necesario, acabaron su vida siendo víctimas de su admirable, y generosa decision: Juana murió en 12 de setiembre de 1348. La Borgoña fue una de las provincias de Francia que se vió mas maltrátada por aquel azote, cuyos horrorosos estragos espresa el siguiente proverbio que estaba entonces en uso:

En mil setecientos cuarenta y ocho,
De ciento solo quedaban ocho.

Muchos escritores modernos han establecido la identidad del cólera morbo de la India con aquel horrible contagio; cuyo mismo carácter han reconocido

en la epidemia que, nacida en Jessora sobre las orillas del Gánges, fue tiranizando sucesivamente y con tanto rigor á Calcuta y Benarés, introduciéndose en la China donde hizo horrorosos estragos y se propagó por los ejércitos, las flotas y las caravanas, desde las Molucas hasta Siria y hasta la embocadura del Volga en el mar Caspio. Esta mortífera epidemia volvió á aparecer en Inglaterra y en Alemania en 1360. El mismo año asoló el Egipto, y se mostró en Flándes con los mismos síntomas de la de 1348, y fue sucesivamente despoblando la baja Alemania, la Polonia y la Hungría. En los meses de enero y julio de 1361 tiranizó tan violentamente las cercanías de Aviñon, donde residia la Corte romana, que arrebató 17,000 personas, y entre ellas cien obispos y nueve cardenales. Aquel mismo año y el siguiente desolaron la Escocia y la Inglaterra de

tal suerte, que por espacio de algun tiempo morian en Lóndres diariamente 1,200 habitantes. Como los médicos no se atrevian aun á sacudir el antiguo yugo de las preocupaciones astrológicas, atribuyeron la invasion de la epidemia al combate del sol y de las estrellas con el mar: una de las preocupaciones que caracterizaban el espíritu de aquella época era el atribuir á la maligna influencia y conjuncion de ciertos astros todos los desastres que ocurrian sobre la tierra.

Sin embargo, ciertos prácticos ó por mejor decir ciertos observadores, notaron que la aparicion de tales desgracias parecia tener relacion con los grandes movimientos del globo, como por ejemplo, la erupcion de los volcanes y los temblores de tierra. Leonardo de Capua, uno de los sobredichos observadores, cuenta que durante el consulado de Marco Cornelio y de Lucio

Papirio Crasso, un temblor de tierra ocasionó una gran peste. En tiempo de Vespasiano, el mismo fenómeno produjo en Roma otra peste tan maligna, que se llevaba diariamente hasta 10,000 personas, segun cuenta Eusebio Villani. Arnaldo de Villanueva, Platina y Baronio citan asimismo algunos hechos semejantes. (*)

(*) Muchos son los autores antiguos y modernos que tienen la misma opinion. Un célebre físico americano, Mr. Neah Wesbsten, publicó al principio de este siglo una obra sobre las enfermedades pestilentes y epidémicas, y sobre su conexion con los principales fenómenos del mundo físico, como los cometas, las erupciones volcánicas, los terremotos, los meteoros, los frios y calores escesivos, las lluvias y las sequías estraordinarias, las tempestades, las apariciones de insectos, las carestías, las hambres, etc. En apoyo de este sistema (el cual ha hallado tambien muchos contradictores), Webster cita numerosos hechos, y concluye que de todos los accidentes físicos ó atmosféricos, el que parece tener mas relacion con las pestes

Luego que el terror que ocasionó en Paris la epidemia de 1348 se hubo disipado un poco, la necesidad de tomar precauciones sanitarias y de adoptar algunas reglas higiénicas empezó á darse á conocer. Durante la epidemia de 1360 se consultó á los médicos, los cuales mandaron que se quemaran en las habitaciones y plazas públicas sarmientos, laurel y otras yerbas odoríferas. Prohibieron las verduras como alimento, y toda clase de pescado menos los de pequeña dimension y los de agua dulce: prescribieron los alimentos líquidos, las aves, la carne de tocino fresco, de vaca y de carnero, el aceite de olivas, etc. Aprobaron las salsas con pimienta, con gengibre y con clavo: aconsejaron dormir durante el dia, beber vino añejo, claro y generoso, poco y á menudo; hacer uso de la triaca siem-

y con las enfermedades epidémicas es el temblor de tierra.

pre y cuando acomodare; no comer nada que fuese cocido con agua de lluvia, etc. Insiguiendo el parecer de Arnaldo de Villanueva, se hizo especial uso de un remedio *teriacal* compuesto de 40 á 43 sustancias ó ingredientes. Paris y Lóndres se vieron espuestas á un mismo tiempo á los furores de la peste en 1367. En 1378 se esperimentó una epidemia casi general en muchos paises de Europa: en los accesos del delirio los enfermos salian aceleradamente de sus casas y se veian sobrecogidos de convulsiones, que no cesaban hasta el total anonadamiento de sus fuerzas; y una multitud de gentes de todas edades y sexos perecieron en Francia, Alemania é Italia. Aquel mismo año se declaró en Italia una enfermedad muy particular, que fue llamada *vesania ó baile de san Juan*, la cual privó del uso de la razon á una infinidad de gentes de todas clases. Los que la esperimentaban

dieron en la manía de quitarse las ropas é ir cantando y corriendo hasta caer enteramente rendidos del cansancio : aquellos insensatos, aunque totalmente desnudos, andaban por las calles coronados de flores y formaban contradanzas en las plazas públicas. Esta enfermedad reinó casi al mismo tiempo en toda la Alemania con los nombres de *baile de san Victor ó de san Guido*, que le han quedado. Entonces creyeron que los enfermos estaban poseidos del demonio, y para curarles se les exorcizaba con versículos de la Biblia y del Evangelio.

La peste que cometió tantos estragos en el Milanesado en 1374, es memorable porque de resultas de ella se publicaron en Europa *los primeros reglamentos de sanidad* que se conocen : el vizconde Bernabó, no solo prohibió bajo pena de la vida toda comunicacion con los lugares infectos, sí que tambien

hizo salir de Milan todas las gentes acometidas del mal. Por aquel mismo tiempo la peste asoló casi todo el Egipto; volviendo á aparecer en Venecia y en Génova en 1377, en Alemania en 1380: en el año 1383, durante los tres meses de su verano, volvió á tiranizar furiosamente á Venecia, haciendo perecer al dux Miguel Morosini y á 18.000 habitantes. Entonces concedió el Senado de aquella ciudad una dotacion á todas las doncellas cuyos padres hubiesen perecido en el contagio. En el mismo año afligió la peste al Milanesado y á Florencia: la mortandad fue durante algun tiempo de 300 personas diarias. El azote se introdujo en Génova y en Provenza en 1390, y luego en Lorena y en Metz, arrebatando en esta última ciudad 16.000 habitantes. Las crónicas dicen que fue comunicada por unos desterrados que volvieron de san Juan de Acre, ciudad del Oriente á donde los magistrados de

Metz acostumbraban enviar á los que tenian pena de destierro. Una peste de las mas violentas se declaró en Lombardía en 1399, en Florencia en 1400, y en España el mismo año: en Castilla pereció la sexta parte de la poblacion; de suerte que, contraviniendo á la espresa prohibicion establecida por las antiguas costumbres, fue permitido á las viudas contraer segundo matrimonio antes de concluir el luto del primer marido. Los infinitos gérmenes de muerte que el contagio de 1348 habia dejado en Europa, se desarrollaron en ella por largo tiempo y en varios intervalos. La Irlanda se volvió á ver asolada por la peste desde 1402 hasta 1404; y los habitantes, con la esperanza de salvarse, abandonaron sus habitaciones y se retiraron á los montes, espuestos á perecer allí de hambre, de frio y de miseria. En Alemania, en los Paises Bajos y en Francia se esperimen-

taron en el mismo año de 1404 muchas enfermedades contagiosas. Al año siguiente la peste volvió á Italia, particularmente á Padua, donde todas las mañanas un carro fúnebre andaba por las calles de la ciudad recogiendo los muertos : los enfermos sucumbian del segundo al tercer dia; los síntomas del contagio eran iguales á los que se observaron en 1348, y Padua perdió 40.000 habitantes. En 1403 la peste arrebató 30.000 á Lóndres ; y sus estragos fueron horribles en Groenlandia en 1408: muchas ruinas de iglesias y edificios considerables prueban que en otro tiempo una numerosa poblacion existia en aquel pais, hoy dia casi desierto. En 1411 se esperimentó en Paris una epidemia muy estraordinaria. «Ademas de la falta de apetito, dice Estevan Pasquier, los enfermos temblaban continuamente y tenian todos los miembros tan fatigados y dolori-

dos, que nadie se atrevia á tocarles por ninguna parte, y este mal iba acompañado de una fuerte tos, que atormentaba al enfermo noche y dia. La enfermedad duró tres semanas enteras, sin que nadie muriese de ella; y cuando llegaba al término de la total curacion, los enfermos arrojaban gran cantidad de sangre por la boca, por las narices y por la parte inferior, etc.» Esta enfermedad fue llamada *Le Tac*. Una tos epidémica muy tenaz aceleró la muerte á un gran número de ancianos en Paris en 1414, y era tan fuerte que les privaba de hablar. Las crónicas de aquel tiempo dicen que aquella epidemia fue bastante para imponer silencio á los tribunales, á las escuelas y á los púlpitos. Otra enfermedad de la misma naturaleza reinó en otro tiempo en Roma; y habiendo acometido á Neron, vióse una numerosa muchedumbre agolparse á los templos pidiendo á los

dioses la salud del emperador. Durante los meses de octubre y noviembre de 1418, la peste se llevó en Paris 50.000 habitantes, en especial de la ínfima clase del pueblo. Se celebraba una sola misa para siete ú ocho padres de familia difuntos; y era menester regatear á los clérigos sobre cuanto llevarian por cantar las misas fúnebres ú oficios de difuntos: y dice un autor contemporáneo, que á veces solia costar 16 ó 18 sueldos *parisis*..... Los zapateros de Paris contaron el dia de la fiesta de su cofradía, que es por san Crispin y san Crispiniano, los individuos de su oficio que habian muerto, y hallaron ser 1800 entre maestros y aprendices, y esto solo en la dicha ciudad de Paris y en los referidos dos meses: casi todos los que morian eran jóvenes ó niños, y entre 400 ó 500 enfermos apenas murieron 12 que fuesen ancianos..... Una peste muy maligna que se declaró en los pai-

ses de las orillas del Báltico, hizo perecer en 28 de octubre de 1412, á bordo de una embarcacion en el puerto de Flensburgo, á Margarita de Waldemar, reina de Dinamarca, de Noruega y de Suecia, llamada la *Semíramis del Norte.* En Venecia un decreto formal espedido en 1413 prohibió á los senadores ausentarse en lo sucesivo de la ciudad cuando hubiese epidemia. Nuevos estragos hizo la peste en Italia en 1413, particularmente en Venecia, donde en el intervalo del mes de agosto al de diciembre murieron 15.300 personas: las órdenes que dió el Senado para establecer un *lazareto á fin de evitar una nueva irrupcion de aquel azote*, hacen esta época memorable en la historia de los contagios. En 1414 una epidemia que reinó en Portugal hizo perecer entre otras personas á la Reina en presencia del Rey su esposo. La peste volvió á Roma en 1418; y un repentino

terror se apoderó de los enfermos de tal suerte, que la mayor parte de ellos miraban la muerte como inevitable, y hubo muchos que murieron de repente. En aquella época, la Francia y la Inglaterra sufrieron á un tiempo mismo la guerra, la hambre y una epidemia muy maligna. Una enfermedad de la misma clase se difundió por Italia y Suiza, y en especial en Basilea, por los años 1431, durante la sesion del famoso Concilio de aquella ciudad: el Cardenal de Arlés, que presidia aquella asamblea, contestó á uno que era tímido y que le aconsejaba con muchas instancias que salvase su vida en la campiña vecina, diciendo: «*que mas queria salvar el Concilio esponiendo su vida, que no asegurarla á costas de él.* Se dice que para perpetuar la memoria de aquel contagio, los magistrados de Basilea hicieron pintar en las paredes de uno de los claustros de

aquella ciudad el célebre *baile de los muertos*, donde se ve la muerte en figura de un esqueleto, armada de una guadaña, conduciendo indistintamente á un mismo sitio gentes de todas las condiciones y estados de la humana sociedad, desde los pontífices y los emperadores hasta los frailes, labradores y pastores. La inventiva de tan estraña composicion fue por mucho tiempo atribuida á Holbeint; pero en esto hubo equivocacion, porque lo que únicamente hizo aquel artista fue trabajar sobre el mismo asunto con un talento y una habilidad tan grande, que hizo olvidar los informes bosquejos de los que le habian precedido; y se dice que á Rubens le gustaban tanto las escenas delineadas por Holbeint, que copió muchos de ella por su propia mano. El asunto del *baile de los muertos* fue por mucho tiempo vulgar en Suiza y Alemania y en otras comarcas vecinas,

donde adornaban con él la mayor parte de los antignos monasterios : tambien se veia pintado en las paredes de los puentes de madera que habia en las ciudades ; pero rara vez tenian similitud unos con otros, y su diseño variaba segun el capricho del artista. (Véase art. *Grabado*, pág. 301, cap. 2°.)

En 1445 sufrió la Francia una terrible epidemia, á la cual llamaron *Trousse Galant*, por la prontitud con que, segun dicen, se llevaba los enfermos : atacaba en particular la cabeza y el bajo vientre. La enfermedad pestilente que se declaró en 1448, hizo perecer las dos terceras partes de la poblacion de Europa. En 1450 murieron en Paris 40.000 individuos en solos dos meses. Algunos años antes (1438) habia sido aquella ciudad el teatro de una enfermedad no menos mortífera, que redujo á 13 individuos el número de los miembros del Parlamento : la

administracion de justicia fue interrumpida, y en solo un año murieron 50.000 personas. Los lobos de los bosques vecinos se entraron por la ciudad, devorando por las calles mugeres y niños. La mortandad acudió hasta Picardía, donde reinaba entonces el hambre mas cruel. Una muger fue quemada en Abbeville, segun dice Monstrelet, por haber degollado á unos niños, cuya carne llevó á vender despues de haberla salado. En Ruan los niños abandonados y muertos de miseria por las calles fueron pasto de los perros hambrientos. En aquel mismo año una peste muy horrorosa devastó el Portugal. El rey Eduardo, dicen los historiadores, iba de ciudad en ciudad, tanto para consolar al pueblo como para evitar la enfermedad; se vió acometido de ella en Tomar al tiempo de abrir una carta, y murió de edad de 37 años en el monasterio de aquella ciudad. El

mismo azote devastó la Bélgica en 1438; y la ciudad de Brujas perdió 24.000 habitantes. En Italia, en 1450, la solemnidad del jubileo atrajo á Roma una multitud de peregrinos, y se encendió en ella el foco de un contagio, que no tardó en infestar los demas paises de Europa. Se verificó la vuelta de la peste á Venecia y á Alemania en 1456. En el año 1465 se llevó en Paris mas de 40.000 habitantes. Los historiadores dicen que fue precedida por la aparicion de una especie de *cometa que arrojaba llamas*, el cual apareció en 18 de noviembre á las 6 de la mañana. Pereció de resultas de esta enfermedad un astrólogo del rey, llamado Arnould, tenido por uno de los hombres mas hábiles de su tiempo, segun las crónicas. Jaime Departz, médico del rey Cárlos 7º., cuenta que habiendo él mismo aconsejado á los magistrados de Paris que prohibiesen el uso de los baños en tiempo de peste;

los bañeros de aquella ciudad lo hubieran asesinado á no haber huido prontamente. Una peste maligna apareció en Francia y en Italia por los años 1466 y 1467. Queriendo el rey Luis II.º volver á poblar la capital, que de resultas de la peste habia quedado desierta, autorizó con decreto especial á cualquiera persona, y de cualquiera clase ó condicion que fuese, para ir á habitar en Paris, tanto en la ciudad y sus arrabales, como en todo el distrito de ella; declarándole absuelto de todo delito, asesinato, robo, ratería y estafa, escepto del crímen de lesa majestad; y que podian residir en los dichos lugares y usar de armas para servir y defender al rey contra cualquiera persona, etc. etc.

La peste ejerció sus furores en Inglaterra en 1472; en muchas partes de Alemania y de Italia en 1473, 1475 y 1476: este último año fue de triste recordacion por las inundaciones y desastrosas

tempestades que hubo, á las que algunos escritores atribuyeron el sumo grado de malignidad de aquel contagio. En 1478 otra peste no menos mortífera desoló á Inglaterra y á Italia, donde creyeron que era ocasionada por una estraordinaria invasion de langostas que aparecieron por el mes de junio, y fue tal que en solos los alrededores de Mantua se emplearon muchos millares de jornaleros en destruirlas; pero la descomposicion de aquellos malignos insectos no hizo mas que aumentar la violencia del mal, el cual afligió además otras muchas ciudades de la Toscana. En Venecia el consejo de los *Pregadi* interrumpió por algun tiempo sus sesiones á causa del temor que volvieron á reproducir en Florencia todas las escenas de desolacion tan patéticamente descritas en otro tiempo por el Bocacio. Se ha observado desde los tiempos mas antiguos, quelas langostas llevan siempre consigo las mismas calamidades. Efec-

tivamente, Plinio refiere que en muchos territorios de la Grecia las leyes de policía obligaban á perseguir aquellos insectos en tres distintas épocas del año. En la isla de Lémos existia tambien una ley que mandaba á los habitantes que debian presentar cada año cierta cantidad de langostas á los magistrados. Y de otra parte, las relaciones de los viajeros modernos que han recorrido el Africa, hacen muy verosímil el profundo terror que su aparicion causaba á los antiguos. En 1338 el estrago que hicieron las langostas en el imperio de Marruecos fue tan grande y produjo una hambre tan horrible, que los padres vendieron á sus hijos y los maridos á sus mugeres.

En 1475 los turcos introdujeron la peste en Italia: los doctos y letrados musulmanes (*) esplican la aparicion

(*) La palabra *musulman* significa *resignado á la voluntad de Dios.*

de aquel azote con una fábula que nos recuerda el pretendido prodigio de Apolonio de Tyana cuando se sufrió en Efeso un contagio muy terrible. Dicen pues que la peste se pasea de noche por las ciudades y los parajes habitados en figura de perro ó de carnero. La peste asoló á Florencia en 1478, y á Venecia en 1479, con tal fuerza, que desde el mes de mayo hasta el de noviembre morian diariamente 150 personas, y el gran Consejo de la república quedó reducido á solos 86 miembros. En Portugal atribuyó el pueblo los estragos que en 1480 hizo el mismo azote á la violencia que se hizo á la princesa doña Juana para que entrara religiosa contra su voluntad en un monasterio de Coimbra. En Inglaterra se esperimentó por la vez primera en setiembre de 1482 la enfermedad epidémica llamada *suette* de Inglaterra, nombre que le dieron porque los enfermos sudaban co-

piosamente hasta el último período de ella, cuya duracion era de 24 horas á lo mas. Los síntomas eran una suma debilidad, acompañada de inquietudes y palpitaciones, que solian durar dos ó tres años y á veces toda la vida en los sugetos que no morian. El método curativo que los médicos siguieron con mas buen éxito en aquella ocasion, consistió en administrar cordiales suaves para ir sosteniendo las fuerzas del paciente; y en mantener en las habitaciones un grado de calor suficiente para impedir el resfriado, que cuando sobrevenia era mortal: pero á pesar de todo, antes de descubrirse los remedios convenientes, murió un gran número de gentes. La marcha de esta enfermedad, dice Sennert, era tan rápida, que cuando aparecia en una ciudad acometia diariamente á 5 ó 600 personas á la vez; y era tal su malignidad, que apenas escapaba de la muerte la centé-

sima parte de los enfermos. Cayo Británico refiere que al tiempo que apareció la *suette*, los Ingleses que habian pasado el mar antes que aquella enfermedad se declarase en su pais, la esperimentaron tambien en el continente. Heister, Fabricio, Degner y algunos otros prácticos ilustrados aseguran haber reunido observaciones de igual naturaleza en las epidemias de Altorf, Basilea y Nimega. La *suette* volvió todavía al mismo pais en 1485 y 1486. En 1490 la peste asoló á Andrinópolis y sus contornos: algunos historiadores musulmanes cuentan con admiracion, que cuando el sultan Bayaceto II°. supo los estragos que el contagio hacia en aquella ciudad, en vez de continuar su marcha, se detuvo muchas semanas en Ipsala y en Kumuldjené, y añaden que dos años despues, al volver de una espedicion en Albania, un motivo de igual naturaleza le impidió entrar en la

capital, y no quiso habitar en Constantinopla hasta muy entrado el invierno, cuando ya la epidemia hubo enteramente cesado. Peste mortífera invadió varias partes de Europa en 1506, 1517, 1518 y 1551. Mead dice que aquella enfermedad fue introducida en Francia por unas embarcaciones venidas en 1486 de la isla de Ródas, donde los Turcos la habian llevado: los soldados Ingleses que habia de guarnicion en Calais fueron acometidos de ella, y la llevaron al pais de Gales y á todo el resto de la Gran Bretaña. El mismo Mead y Astruc han llamado á aquel contagio *peste mitigada*, pero otros autores afirman ser la *suette*. Pennent y Forest describen sus estragos y opinan que tuvo por causa principal la corrupcion del aire: Cayo Británico atribuye su mortal desarrollo á efluvios pantanosos y corrompidos, añadiendo además que acometia con preferencia á las personas gruesas,

ociosas y bien alimentadas; que tuvo menos influjo en la clase pobre y laboriosa, ó que á lo menos no la hizo tanto daño; y que ni los Escoceses, cuyo pais está unido á la Inglaterra, ni los miembros de la Embajada francesa en Lóndres la esperimentaron. Esta enfermedad era tan fatal, que en 1517 Henrique VII°. trasladó su corte á Calais, y Lóndres perdió mas de 30.000 habitantes. El espacio de doce horas era suficiente para decidir de la vida de los enfermos, pues en aquel corto intervalo curaban ó morian. Un repentino sudor fétido y ardiente anunciaba la invasion del contagio; el cansancio y lasitud que se seguia luego era tal, que los enfermos tenian apenas fuerzas para levantar el brazo; y si, abrasados por el intenso calor que sufrian, se esponian por algunos momentos á un aire menos templado, morian al instante. Parece fuera de duda que estos varios ca-

racteres confirman la opinion de los autores arriba citados de que aquella enfermedad era la *suette*. Una epidemia muy maligna desoló el mediodía de la Francia en 1486. La peste apareció de nuevo en Italia en el año 1495, desoló á Roma en 1500, se introdujo en Marsella en 1504, hizo perecer muchos cardenales y prelados de Roma en 1505, fue traida á España en 1506 y al propio tiempo á Portugal, donde obligó al Rey á refugiarse en Abrantes. El contagio llamado por los Italianos Mazzulo, de que murió el rey Felipe en Búrgos en 1506, habia desolado á Roma en 1503. Maquiavelo, á quien la república de Florencia habia encargado los negocios de aquella capital, la sufrió por el mes de diciembre del propio año. « Acometia (dice en sus correspondencias políticas) la cabeza y el pecho, y hacia esperimentar unos vaivenes tan fuertes, como los que ocasiona un viaje en posta.»

Segun el publicista Florentino, provenia aquella epidemia del mal tiempo y de la poca limpieza. Padua probó tambien los desastrosos efectos de la misma enfermedad en el año 1558 : sobrecogidos los enfermos de un repentino furor, querian precipitarse por las ventanas y echarse en los pozos y en los rios, sin que los médicos pudieran hallar ningun remedio eficaz para sosegarlos. El poeta y médico Fracastor dice que esta epidemia acometió á los Venecianos sin esceptuar á los que se hallaban fuera de su patria, observacion hecha ya en otro tiempo con relacion á los Ingleses cuando esperimentaron los estragos de la *suette.* Es cierto por lo menos que en la época en que se esperimentó en Venecia, Andres Navajero literato y sugeto de calidad distinguida, embajador de aquella república cerca del rey Francisco I, murió de ella en la ciudad de Blois. Galeno, que

ha descrito una enfermedad del mismo género, nada dice sobre la circunstancia arriba mencionada, la cual no han omitido muchos facultativos hábiles de varios paises. Una epidemia que reinó en Paris en 1510, se llevaba diariamente mas de 1,000 personas, segun dice Maquiavelo que se hallaba á la sazon en aquella ciudad en calidad de enviado de la Señoría de Florencia. Una enfermedad pestilente hizo estragos en Alemania en 1515 por espacio de dos años enteros, manifestándose con igual malignidad en Italia, donde los médicos que estaban especialmente encargados del cuidado de los enfermos, tuvieron órden en 1516 de ponerse un lienzo blanco en los hombros para ser conocidos, á fin de que los habitantes pudiesen reclamar los socorros del arte ó rehusarlos segun el estado de la salud. Poco faltó paraque este distintivo fuese fatal á Erasmo, pues en Bolonia cre-

yeron que era médico de los apestados. Como llevaba un hábito negro y un escapulario blanco, trage bastante parecido al de los facultativos empleados en la asistencia de los enfermos, yendo un dia descuidado por las calles y plazas públicas, se vió de repente acometido por un populacho furioso que gritaba desenfrenadamente : *Maten á ese perro*; pero al fin, aunque con muchísimo trabajo, un jóven caballero pudo salvarle la vida. Desde aquel momento Erasmo suplicó á sus protectores de Roma que le obtuvieran permiso para usar un trage menos peligroso para él en el pais donde viajaba; y Julio II entonces soberano pontífice, no solo oyó con benignidad esta solicitud, sino que aun de su propio movimiento le absolvió de las penas canónicas en que habia incurrido dejando el trage que le habia prescrito el Obispo de Utrec en vez del de canónigo regular.

La enfermedad llamada *Mazzulo*, de que ya hemos hecho mencion antecedentemente, volvióá pareceer en Padua en 1568 y 1580: causaba terribles dolores de eabeza, vahidos, una tos continua, nauseas, desmayos y lasitud ó fatiga general en todo el euerpo. Habiendo penetrado en Franeia, desarrolló en ella los mismos síntomas é hizo los mismos estragos: los Italianos dieron á esta nueva epidemia el nombre de *Mazzuco del montone del castrone*, y los Franceses el de *Coqueluche*. «Los que deseuidaron el mal y no hicieron ningun remedio, dice el historiador de Thou, lo pasaron mejor que los que se medicaron; pues todos los que reeibieron purga ó sangría murieron sin remedio: la razon que da el mismo autor es que estos dos remedios hacian la respiraeion difieultosa, porque la purga haeia bajar los humores de la cabeza al pecho, y la sangría al mismo tiempo

que refrescaba el cuerpo debilitaba al enfermo, siendo así que este necesitaba de todas sus fuerzas para respirar y resistir á la violencia del mal, etc.» El primer Presidente del Parlamento de Paris, que sin duda habia nacido para el bien del público, dice el ilustre escritor citado arriba, mantuvo el órden en la capital con riesgo de su vida, de suerte que cuando alguno le hacia instancias paraque se alejara del foco del contagio, contestaba con aquellos versos de Marcial relativos á la isla de Cerdeña, sujeta en tiempo de aquel poeta á las frecuentes invasiones de la peste: «Cuando viene la muerte no hay ningun recurso contra ella, y en medio de Tívoli sucede lo mismo que en la isla de Cerdeña.»

Volviendo á tomar la serie cronológica de las epidemias señaladas como mortales por los historiadores, debemos hacer mencion de las enfermeda-

des que aparecieron en Lorena y particularmente en Metz en 1508. Los religiosos magistrados de aquella ciudad mandaron celebrar procesiones desde Pascua hasta el mes de octubre, para aplacar la cólera divina: á fin de disipar la tristeza y melancolía que se habia apoderado de los habitantes, se establecieron juegos de bolos en todas las puertas de la ciudad.

Se nota que las enfermedades nuevas en un pais son las que hacen mayores estragos en él; cosa que fue fácil de observar en Nueva-España, cuando las *viruelas* fueron llevadas allá por un negro esclavo de Pamfilo Navarez, uno de los oficiales de Cortés: y cuenta Robertson que la mitad de la gente de las provincias en donde reinó la enfermedad, murieron. Las precauciones que la presencia de las enfermedades contagiosas hace indispensablemente necesarias, eran tan poco usadas en Eu-

ropa, y el peligro de visitarse tan poco conocido aun en la misma Francia á principios del siglo XVI, que en una carta fecha en Paris á 13 de octubre de 1518, el cardenal Bibiena, legado de la santa Sede y autor de la *Calandra*, escribia al Papa que la pérdida de uno de sus criados que aeababa de morir de la peste le habia impedido el ir á ver á la Reina; y dos dias despues, que el mismo motivo le habia tambien impedido el ver al Rey; pero que como aquel príncipe habia mandado á Babon su secretario que lo condujera á palacio, ya se habian disipado todos sus escrúpulos sobre el particular; »que habia estado mucho tiempo á solas con la Reina, y despues con el Rey y con la Reina, muy despacio y con la mayor confianza que se pueda decir.» La peste volvió á parecer en Inglaterra en el año 1521, declarándose al propio tiempo en Ruan: y el Parlamento de Norman-

día, entre otras medidas que creyó deber adoptar, mandó que á espensas de la ciudad se mantuvieran cuatro hombres vestidos de azul, que debian señalar con cruces blancas las casas infestadas : se les llamaba *señaladores*, y el paraje en que habitaban se llama todavía barrio de los señaladores. En 1520 y 1523 la peste volvió á desolar la Italia, en especial la ciudad de Roma.

La peste se presentó en Leiden y en Viena en 1525. Una epidemia pestilente y muy mortífera despobló la Apulia en 1527; y Roma, aunque saqueada por las tropas del emperador Cárlos V, sufrió todavía mucho mas por los ataques del contagio. La misma enfermedad se llevaba todos los dias 3 ó 400 habitantes de Florencia ; muchas fueron las veces que los magistrados de la ciudad no pudieron reunirse á deliberar, por no haber un número su-

ficiente para ello. Una relacion detallada de los estragos que el contagio ocasionó en aquella ciudad forma parte de las varias obras de Maquiavelo : la triste apatía , las angustias de la desesperacion , los violentos furores y las pueriles distracciones de un pueblo aniquilado ofrecen el mas estraño contraste y el cuadro mas particular : se hallan á cada instante mil sufrimientos variados en aquella triste nomenclatura , toque enérgico de un grande observador. « Nuestra infeliz Florencia, dice aquel escritor , presenta hoy dia el mismo espectáculo que una ciudad que los infieles hubiesen tomado á viva fuerza , y luego la hubiesen abandonado..... Las tiendas están cerradas , las artes interrumpidas y las leyes puestas en olvido: hoy se oye un robo, mañana un asesinato. Todo el mundo anda solo..... ¿Un pariente encuentra á otro pariente? un hermano á su hermano?

la muger á su marido? Todos procuran apartarse lo mas pronto posible. ¿Qué mas diré? Los padres y las madres desechan á sus propios hijos y los abandonan.... Las reuniones que se veian en las plazas públicas para mantener una conversacion honesta, y en los mercados para utilidad de la vida, ya no presentan mas que un espectáculo silencioso y triste. No se oyen mas que estas palabras : «Fulano ha muerto, zutano está enfermo, aquel ha emigrado, el otro está encerrado en su casa, tal está en el hospital, y tal no sale de su cuarto.» Haymuchos que se ocupan en buscar el orígen del mal y dicen : «Los astrólogos nos amenazan;» otros : «los profetas lo han predicho.» Se hace memoria de todos los prodigios que han sucedido; se atribuye el mal á la naturaleza del tiempo y á la calidad del aire, que es propenso á propagar la peste, haciendo memoria

que lo mismo sucedió en 1348 y en 1478; todos hacen semejantes recuerdos, etc.....» El primero de mayo, dia en que se pasaba revista á las tropas, en que los magistrados tomaban posesion y que se celebraba en Florencia con mucha solemnidad, dirigiéndose Maquiavelo hácia la plaza de *santa Croce*, vió á una porcion de enterradores que bailaban á la redonda y decian á voces; «*Bien venida sea la peste, bien venida sea la peste*; y he aquí su *bien venido sea el mes de mayo,*» dice con horror aquel autor. En 1527 el contagio llamado *suette* de Inglaterra, recorrió la Alemania, los Paises Bajos y la Holanda; los enfermos perecian en 24 horas, y á veces en menos tiempo; siendo de advertir que por espacio de muchos años los calores del verano habian sido escesivos. En Amsterdam se manifestó esta enfermedad en 27 de setiembre de 1529; y

aunque no reinó allí mas que 4 dias, fue de un modo muy terrible, porque acometia á mas de 100 personas cada dia, pero sin dañar á los niños ni á los ancianos. La relacion de sus estragos, que nos han dejado los historiadores de aquel tiempo, está llena de circunstancias raras y estraordinarias: las aves abandonaron sus nidos y las fieras sus guaridas; por todas partes se hallaban al pie de los árboles una multitud de reptiles y de culebras enfermas ó totalmente inanimadas, etc. Nueva aparicion de la peste aconteció en Inglaterra y en los Paises Bajos en 1533, despues de cinco años continuos de hambre, durante los cuales fue tal la inconstancia de las estaciones, que ninguna cosecha llegó á madurar. Los labradores y demas gentes del campo acudian á bandadas á mendigar por las ciudades, alimentándose con yerbas y comiendo un mal pan, compuesto de raices y de avena

molida, etc. Se acogian en las caballerizas y en los establos, y apenas se hallaba alguno de ellos que tuviera fuerzas para pronunciar algunas palabras balbucientes. En 1548 se esperimentaron en España terribles epidemias, tanto que pereció la oncena parte de la poblacion; y en Inglaterra en 1552 se esperimentó tambien otra enfermedad mortal.

Durante una epidemia que reinó en Génova en el año siguiente, Juan Calvino ofreció al Senado entrar á servir en los hospitales de los apestados que habian quedado sin socorros espirituales; pero su ofrecimiento no fue admitido, y sí el de un eclesiástico que tambien se habia ofrecido voluntariamente para el mismo efecto; y aun se prohibió formalmente á los párrocos que encargaran á Calvino ninguna de las funciones que solicitaba. En 1544 apareció una terrible epidemia, que desoló á Ingla-

terra, á Alemania y á Flandes; y cundiendo hasta Francia, en particular en Picardía, mientras que Francisco I estaba acampado entre Abbeville y Montreuils en 1545, se llevó al Duque de Orleans, hijo tercero de aquel Monarca. La misma enfermedad hace nuevos estragos en Inglaterra en 1548; en Italia en 1550; en los Paises Bajos en 1552; en Holanda y especialmente en Delft, en 1553, en Saboya, en Suiza y en el Leonés; en Alemania y en particular en Dantzig; en Nuremberg y en Francfort, y esto durante ocho años consecutivos. En Rusia apareció un contagio muy terrible en 1550; y fue tal su violencia, que Moscow perdió 250.000 habitantes, en solo el espacio de cuatro meses. En 1551 la *suette* volvió á comparecer en Inglaterra, donde ejerció los mayores horrores; en Lóndres se llevaba diariamente 5 ó 600 personas, y de 100 individuos apenas escapaba

10

uno. Esta es la época de la última aparicion de aquella terrible enfermedad en Europa, sin que de despues acá se haya vuelto á observar. Una fiebre pestilente muy mortal, que afligió á Lóndres en 1557, hizo perecer á la reina María; el cardenal Polo, arzobispo de Cantorbery, y otros doce prelados fueron tambien del número de las víctimas. Ambrosio Paré cuenta que en el año 1562 una parte del Agenés se vió devastada por una enfermedad pestilente que causó muchos estragos á la distancia de tres ó cuatro leguas del pueblo de *Pine*, donde tuvo por primera causa la putrefaccion de un gran número de cadáveres echados en un pozo por órden de Montluc, gobernador de la Guiena. En 1564 una epidemia hizo perecer mas de 50.000 habitantes en la sola ciudad de Basilea. La epidemia llamada *cólico del Poitou*, diseminada por la Francia en el dis-

curso del año 1572, volvió á comparecer en ella en varias ocasiones con mas ó menos actividad hasta el año 1606. Varios facultativos son de opinion que no hubo entonces motivo para considerarla como epidémica, pues se sabe mucho tiempo ha que es producida por el uso del trigo atizonado.

La peste volvió á Sicilia en 1575; á Italia en 1576, despoblando á Verona, Milan y Trento, y arrebatando á Venecia 40.000 habitantes, entre ellos al célebre pintor *El Ticiano.* El Colegio de medicina de Padua, al cual se consultó sobre aquella enfermedad, la atribuyó á las aguas estancadas y cenagosas de las lagunas. Entonces fue cuando san Cárlos Borromeo, arzobispo de Milan, dió motivo para bendecir y admirar su generosa decision; y cuando Agustin Valerio, obispo de Verona, dió asimismo muestras de un valor sin igual. Hubo una peste tan violenta

en Portugal en 1580, que los sugetos á quienes atacaba morian de repente: solo los pobres se libraban de ella; privilegio singular, pero no obstante conforme á las observaciones de los médicos mas hábiles, antiguos y modernos. Numerosos ejemplos de afecciones que no han acometido sino á ciertas edades y constituciones ó á ciertas clases particulares de la sociedad, han sido recogidas por los historiadores y por los naturalistas. Dionisio Halicarnaso cita una enfermedad que solo acometia *á las muchachas*; Gentilis habla de otra que solo la esperimentaban *los hombres robustos*, y este hecho es análogo á lo que se observa en ciertas enfermedades, que respetan á los estranjeros al paso que acometen á los naturales del pais y vice versa, como parece se ha notado durante los estragos de la *suette* de Inglaterra, y mas posteriormente en aquellos paises donde ha reinado la fiebre

amarilla. Cardano asegura que la peste de Basilea solo la sufrieron los Suizos, sin que la esperimentaran los Alemanes, Franceses ni Italianos que habia en la ciudad. Juan Menhove, que hace una descripcion de la peste de Copenhague, dice que solo ejerció sus rigores contra los Dinamarqueses, y que respetó á los Ingleses, Belgas y Alemanes. El célebre médico de Nimega, Hartman Degner, dice que la *disenteria epidémica* que se sufrió en aquella ciudad en 1736, fue especialmente fatal á las mugeres embarazadas, sin que los Franceses ni los Judíos que habitaban en la ciudad la contrajeran. La peste de Valencia dirigió su accion primitiva contra los zapateros; y en la gran peste de Marsella todos los horneros, sin escepcion alguna, fueron víctimas de aquel horrible azote. Este clase de artesanos estaban además sumamente propensos á contraer la lepra. En Levante, dice

el facultativo Valls, la peste empieza siempre por los Judíos, luego sigue á los Griegos, luego á los Turcos, y finalmente á los Francos; y en América, los negros esperimentan una infinidad de afecciones, que los blancos no contraen, etc.

El contagio que se declaró en Portugal en la primavera del año 1580, llegó durante el verano al mayor grado de violencia; pero á la venida del invierno se aplacó. Lisboa perdió gran parte de su poblacion; y se enterraban los muertos hasta en las mismas calles, por haberse ya llenado de cadáveres todas las iglesias y cementerios. El mismo azote devastó muchas provincias de Francia, en especial la Provenza; y desde entonces le ha quedado la denominacion de *gran peste.* Durante el espacio de trece meses, Aix sufrió todos los rigores de su violencia; y el azote penetró en Marsella por el mes de marzo

del año siguiente, no dejando en aquella ciudad mas que 3.000 habitantes. Causó tambien los mas terribles estragos en Paris, como ya lo hemos dicho anteriormente: bandadas enteras de malhechores, contando con la impunidad que les aseguraba el terror general, saqueaban las habitaciones abandonadas y cometian los mayores desórdenes. La capital debió su salvacion á la valerosa intervencion de los magistrados y al heróico carácter del primer Presidente del Parlamento, tan dignamente celebrado por el historiador de Thon. Despreciando el peligro, no dejó aquel magistrado de parecer ni un solo dia en las calles y en los parajes públicos, con el fin de animar á los pusilánimes y de intimidar á los mal intencionados, teniendo al fin la satisfaccion de ver sus esfuerzos coronados por el buen éxito. La ciudad de Laon, aunque colocada en un paraje elevado, tuvo asimismo que

sufrir los funestos efectos de la epidemia. Sin embargo, jamás las cosechas de todos géneros fueron ni mejores ni mas abundantes. Esta enfermedad fue general por toda Europa, y se le dieron varios nombres. Segun Paludano, en Italia la llamaron *cocco luccio*; en Francia, como ya lo hemos dicho mas arriba, fue llamada *coqueluche*, pues dicen los historiadores que los enfermos *esperimentaban á la hora de la muerte una ronquera muy semejante á la voz del gallo.* Dicen los médicos de aquel tiempo, que los accidentes de concomitancia eran fiebres pútridas, ardientes y continuas. Paris y otras muchas provincias se vieron nuevamente afligidas por una desastrosa enfermedad en 1586. Los enfermos caian luego en un profundo delirio; y los demas síntomas variaban segun el estado del bajo vientre. Miguel Montaigne pinta con mucha energía los estragos que

hizo en Gascuña. « El ver mi casa y cuanto habia en ella, dice el mismo Montaigne, me daba horror : todo estaba abandonado y á merced de quien lo quisiera.... En cuanto á la gente de las cercanías, no se salvó ni la centésima parte.... Por lo general, todos renunciaban al cuidado de la vida.... Los racimos quedaron suspendidos de las vides.... Todos sin distincion alguna se preparan para morir esta noche ó mañana....; y como en un mismo mes mueren niños, jóvenes y viejos, ya no se echan menos unos á otros ni se lloran ; y aun veo algunos que temen el morir los últimos, para no quedar en tan horrible soledad.... En suma, toda la nacion ha adquirido de repente por la costumbre una indiferencia y apatía que no cede á la resolucion mas premeditada. » Una enfermedad epidémica y contagiosa tuvo lugar en Roma en 1591 ; y aquella capital, afligida al

mismo tiempo por el hambre, perdió 60,000 habitantes. Otra peste muy violenta se manifestó en Inglaterra en 1592 y 1594: y Lóndres perdió la cuarta parte de su poblacion. En 1596 se desarrollaron en Francia, y particularmente en Paris, unas calenturas pestilentes; y el rey Henrique IV se trasladó á Ruan.

En 1599 la enfermedad conocida con el nombre de *plique* (muy comun en nuestros dias en las fronteras de la Transilbania) comenzó haciendo grandes estragos en Polonia: los médicos dicen que el fómes del mal existia en los cabellos, que se pegan unos á otros sin causar por el pronto mucho dolor; pero luego, empezando la supuracion, produce esta una grandísima porcion de insectos que ocasionan los dolores y punzadas mas horribles: entonces ya el pelo no forma mas que una masa dura y compacta: el medio repercusi-

vo tiene por lo regular el inconveniente de causar inflamaciones internas y otras varias afecciones á los demas órganos. Asegura Laboureur en su relacion de Polonia, que el que no tiene paciencia para sufrir y se corta el pelo, pierde á veces la vista, ó queda impedido de aquella parte donde el humor maligno va á caer. Esta enfermedad, á quien da el nombre de *gozdziec*, dice que ataca con mayor frecuencia á los que beben las aguas del Borístenes.

La *plique* ha sido en estos últimos años observada con mayor atencion en la India, donde se halla diseminada mucho tiempo ha, y donde acomete indistintamente á individuos de todas edades, sin ocasionar por esto ningun otro desórden considerable en las funciones de la vida. Los Indios que se ven acometidos de ella se cortan el pelo con mucha ceremonia en las pagodas, cuando

tienen bastante dinero para pagar los derechos que los ministros de aquellos templos les exigen. Algunos escritores fijan la época de la aparicion de la *plique* en Polonia en el año 1241, y dicen que fue llevada allá por los Tártaros; pero si esto es así, ¿en qué consiste que esta enfermedad ha sido siempre desconocida en Prusia, á pesar de la proximidad de aquellos dos paises y de la semejanza en el género de vida, costumbres y alimentos de sus habitantes?

A principios del siglo XVI algunas enfermedades contagiosas asolaron la Francia y en especial á Paris; infestando además las calles de aquella capital varias cuadrillas de perros rabiosos que mordian á todos los que pasaban por ellas.

Una peste terrible reinó en Inglaterra en 1603, y en menos de tres meses perdió Lóndres 35.417 habitantes. En 1611 otra epidemia, tambien muy ma-

ligna, se llevó en Alemania la mitad de la poblacion de las orillas del Rin. Se introdujo en Inglaterra en 1612, y se mantuvo allí cuatro años enteros, pereciendo de sus resultas 66.400 personas. Ni el canciller Francisco Bacon, ni los médicos de su tiempo, pensaban que los años lluviosos fuesen los que mas favorecian los progresos de la peste en aquel pais; al contrario, les parecia que los ardores del verano eran mas peligrosos, y creian que los rigores del invierno en el Norte, así como los escesivos calores de los paises meridionales, eran muy adecuados para detener los contagios.

En Egipto, dice el mismo Bacon, y sobre todo en el Cayro, la peste es casi continua, y no cesa nunca sino durante los fuertes calores. En 1622 la peste se introdujo en Amsterdam, donde permaneció 8 años y arrebató 40.600 habitantes.

En los primeros años del siglo XVII se empezaron por fin á conocer y diferenciar los síntomas de las varias enfermedades epidémicas, que antes estaban todas confundidas con el nombre de *peste*. Una parte de los conocimientos con que entonces se enriqueció el arte de curar se deben á los hábiles naturalistas que el rey Henrique IV°. envió á muchos paises lejanos (hasta entonces poco conocidos é inexactamente descritos), con espresa comision de traer de ellos las mas puntuales observaciones sobre las enfermedades peligrosas que se conocian en ellas, y sobre los medios curativos que los naturales empleaban para el mejor éxito de su curacion. El médico Martin de Vitre, que se jacta de ser el primer francés que se ha trasferido á las Indias orientales (1602), nos ha dejado noticias muy detalladas sobre el escorbu-

to. (*) «El vientre, dice aquel autor, se halla casi siempre constipado; y los enfermos hacen grandes contorsiones como si se les quisiera entreabrir, por lo que algunos Flamencos han llamado á aquella enfermedad *escorbuto*, que quie-

(*) Hipócrates habla del escorbuto como de un tumor que se forma en el bazo ó en el hígado, ocasionado por el uso de aguas muy frias, crudas ó turbias. Plinio el Naturalista le da los nombres de *estomocacea* y *esceletyrba*, é indica como remedio de él la planta llamada *herba britannica*, que en estos últimos tiempos se ha reconocido ser la *coclearia*. El escorbuto se declaró en el ejército de Germánico, estando acampado á la otra parte del Rin sobre las orillas del mar; y segun Tácito, murieron mas de la tercera parte de los soldados: sus efectos ordinarios consisten en hacer caer los dientes y paraliticar las rodillas. Otras noticias relativas al mismo se hallan en la historia de la espedicion de *Thorstein*, gefe de los Normandos, que habiendose embarcado en el año 1002 para Groenlandia, fue arrojado sobre las costas desiertas de aquel pais, donde murió del escorbuto con sus veinte y cinco compañeros.

re decir *vientre abierto...*»Esta enfermedad, que tantas veces ha sido funesta á los navegantes, en especial á la tripulacion de la famosa armada de Felipe II°., ha despoblado en varias épocas muchos

Darémos un ejemplo de los estragos que ocasiona, citado por Guillermo de Chartres en su historia de la primera cruzada de san Luis. «Nos vino (dice el mismo) una gran persecucion y mal en los huesos, y era tal, que la carne de las piernas se nos iba desecando hasta el hueso, y la piel se nos ponia curtida como el cuero, negra y térrea;..... además, todos los que padecíamos aquella enfermedad, teníamos otro trabajo que, de resultas de haber comido de aquellos peces, se nos podria la carne de las encías, por lo que á todos nos olia malísimamente la boca, y por fin pocos escapaban y casi todos morian. La señal infalible de muerte que de continuo se observaba, era el echar sangre por las narices; pues entonces era seguro el no tardar á morir.» Fabricio de Hilden dice que la primera aparicion del escorbuto en Alemania se verificó en el año 1481; donde llamaron á este mal *sharbock* ó *schorbuck*, palabra que significa inflamacion dolor ó despedazamiento de las entrañas; de donde sin du-

paises del norte de la Europa. Juan Mocquet dice que los Portugueses la llamaban *berber* : él mismo dice que la sufrió y que hizo muchos estragos en la flota

da se habrá sacado el nuevo término latino *scorbutus.* Freind en su historia de la medicina dice que esta enfermedad fue traida á Europa á fines del siglo XV por los Portugueses, cuando estos regresaron de las Indias orientales; pero despues se ha observado ser endémica de Islandia, de Groenlandia, de Finlandia, de Noruega, de Dinamarca, de las provincias septentrionales de la Rusia, y generalmente de todos los habitantes de los paises adyacentes al Báltico y al mar de Alemania. Hizo tambien grandes estragos en 1498 en la flota de Vasco de Gama, en la que, segun los historiadores de aquella espedicion, murieron 55 marineros. La de Cartier, que en 1535 fue al descubrimiento del Canadá, esperimentó otra epidemia igual. «La enfermedad, dice Marcos Lescarbot, comenzó entre nosotros de un modo maravilloso y el mas estraño que se pueda imaginar, porque unos se iban volviendo flacos y las piernas se les ponian gruesas é hinchadas, y los nervios encogidos y negros como un carbon; y á otros se les ponian todas llenas de

que en 1608 se conducia desde Lisboa á Mozambique. «Todos los dias, añade, moria gente de la nuestra, y no se veia otra cosa sino arrojar cadáveres al mar... No se oian mas que gritos de *sed!*...La mayor parte del tiempo faltos de agua, sin tener ni aun una sola gota de ella, morian miserablemente, sin que ni el padre quisiese dar una poca al hijo, ni el hermano al hermano : tal era el deseo

manchas ó gotas de sangre como púrpura; luego iba subiendo dicha dolencia hasta los muslos, nalgas, espaldas, brazos y cuello; y á todos se les ponia la boca tan infecta y podrida, que la carne de las encías se les iba cayendo hasta raiz de los dientes, los cuales tambien caian casi todos; y de tal modo se encarnizó la enfermedad en nuestros tres navíos, que á mediados de febrero de ciento y diez hombres que éramos, apenas habia diez que estuvieran sanos, etc.» Antes que se hicieran los progresos que se han hecho en el arte de curar, esta enfermedad era muy comun en Inglaterra, en Irlanda, en Holanda, y en los Paises Bajos.

que todos tenian de beber para vivir... »
El escorbuto era tan temido en tiempo del médico Dellon, quien dedicó á Bossuet una historia de sus viajes á las Indias orientales, que se esplica de esta suerte: «El escorbuto, que nuestros marineros llaman *mal de tierra*, es el mas terrible de cuantos afligen á los viajeros; es *contagioso*, y cuando se contrae en el mar no se cura nunca sino en tierra. Las causas ordinarias de esta enfermedad son: el aire seco y ardiente del mar; los alimentos salobres y que de consiguiente contienen jugos poco saludables; la impaciencia que casi siempre acompaña á los que hacen un largo viaje, etc. El escorbuto empieza siempre manifestándose en las encías, las cuales se hinchan, se ponen negras y exhalan mal olor; de manera, que no tan solo es menester hacer en ellas profundas incisiones, mas aun á veces cortar una porcion considerable de carne babosa y corrompida,

y descarnar los dientes de tal suerte, que quedan todos vacilantes y á veces caen... Para evitar un mal, continua Dellon, que tanto aflige á la gente de mar, deben los oficiales de marina tener mucho cuidado durante sus viajes de que su embarcacion esté bien limpia y aseada, haciéndola barrer y lavar todos los dias con agua salada, regándola y perfumándola dos ó tres veces á la semana con vinagre fuerte, á fin de purificar el aire y hacerle mas sutíl. A los particulares les será muy bueno, si les es posible, hacer provision de zumo de limon, agraz, rosolis, dulces y frutas secas, especialmente de ciruelas pasas; no comer alimentos pasados, carne, ni pescado como no sean muy frescos ó á lo menos muy desalados; hacer frecuente uso del arroz, de la cebada, de harina de avena, beber buen vino, no aguantar mucho la sed, mudarse á menudo la ropa interior, etc.

El escorbuto que en 1741 afligió tan repetidas veces las tripulaciones del almirante Anson, presentaba el carácter mas pernicioso y los síntomas mas particulares. Esta enfermedad, tan frecuente en los viajes de larga duracion, es tal vez la mas singular y la mas inconcebible de cuantas pueden afligir al género humano. Aunque alguna vez se presente con las apariencias de otra enfermedad, hay sin embargo ciertos síntomas que por lo regular la acompañan y que merecen que se haga particular mencion de ellos.. Tales son las grandes manchas lívidas, esparcidas por toda la superficie del cuerpo; la hinchazon de piernas, el mal olor de la boca, y en fin un cansancio y fatiga estraordinaria en todos los miembros al menor ejercicio que se haga, la cual viene á degenerar en una disposicion en que el individuo se halla propenso á desmayarse al menor esfuerzo y aun

al menor movimiento. Demasiada ocasion hemos tenido de observar que todo lo que desanimaba á nuestra gente y confundia sus esperanzas, no hacia mas que agravar el mal!.....Ha habido ocasion en que la cicatriz de heridas cerradas mucho tiempo habia, se ha vuelto á abrir por la fuerza de la enfermedad.....A veces produce pleuresías, obstrucciones y fuertes dolores reumáticos, y otras un constipado muy tenaz con gran dificultad de respirar: este último caso es el mas peligroso de los síntomas del escorbuto, etc.» Aquel Almirante mandó, aunque en vano, que se distribuyera á su gente mayor abundancia de agua dulce, carne fresca de cerdo y volatería; pero reconoce que en ciertas ocasiones el escorbuto no puede ser, ni previsto, ni curado en el mar. «Puede ser que sea dificil, añade el mismo, adquirir un exacto conocimiento de esta enfermedad, pero por lo ge-

neral es fácil de conocer que para conservar la vida á los animales se necesita una continua renovacion del aire fresco, y que este sin perder ni su elasticidad ni alguna de las calidades que nos son conocidas, puede quizás adquirir por los vapores que se elevan del océano alguna circunstancia que cambie su naturaleza y le haga menos propio para conservar la vida á los animales terrestres, á menos que aquellos vapores sean corregidos por medio de alguna otra exhalacion que tal vez la tierra sola es capaz de proporcionar.» Los síntomas del escorbuto se han estudiado en estos últimos tiempos con la mayor atencion, y se ha creido reconocerlos en muchas epidemias célebres cuya descripcion se nos habia dado con distinto nombre. El cirujano Poupart, que en 1699 asistia á los escorbúticos del hospital de san Luis de Paris, y que hizo la anatomía de un gran número de

cadáveres, no pone la menor duda en la identidad de aquella enfermedad con el contagio de Atenas descrito por Thucydides y por Lucrecio en el libro sexto de su poema. Olao Magno, que es uno de los primeros escritores que en los tiempos modernos haya dado una exacta descripcion del escorbuto, afirma y con razon, que esta es una enfermedad frecuente y muy comun en las ciudades sitiadas. Cuando el rey de Suecia Cárlos XII°. tenia puesto sitio á la ciudad de Thorn, pereció del escorbuto casi toda la guarnicion sajona que habia en ella, que se componia de cinco á seis mil hombres. Tambien es muy frecuente en las cárceles y hospitales. En la tierra se declará lo mismo que en el mar, con los mismos síntomas, la misma malignidad, y cede al mismo tratamiento; siendo de notar que desde que fue observado por la primera vez, parece que no ha variado

de carácter. En 1624 hubo en Calais una epidemia muy cruel, que se propagó en Inglaterra en 1636; y otra horrible peste despobló la Italia en 1629, 1630 y 1631 : fue introducida en Milan por un soldado italiano, que habia comprado ó tal vez hurtado algunas ropas infestadas á unos soldados alemanes. Los magistrados resolvieron en 30 de octubre de 1631 que se prohibiese á los estranjeros la entrada á la ciudad; pero como aquella órden no se promulgó hasta el 29 de noviembre, el contagio se introdujo durante aquel intervalo de tiempo. El soldado italiano fue conducido al hospital, y murió al cuarto dia; todos los que le habian asistido murieron tambien; y el gérmen del contagio, que habia quedado fuera, se desarrolló con la mayor rapidez. Federico Borromeo, arzobispo de Milan, fundador de la Biblioteca ambrosiana y primo hermano de san

Cárlos Borromeo, dió pruebas en aquella ocasion de ser fiel imitador de los heróicos ejemplos que le habia dejado su pariente. La epidemia se manifestó luego en Francia y particularmente en Lion, donde fue introducida por unos soldados que venian de Italia, y donde causó la muerte á 60.000 personas. El historiador de Provenza, Papon, asegura que el mismo contagio fue llevado por un capuchino en el mes de julio de 1629 desde Tolosa á Mompeller, y que anticipó la salida del Rey y del cardenal de Richelieu de aquella ciudad : murieron en ella 45.000 habitantes. El mismo azote penetró en Digne, y en cinco meses se llevó 8.500 personas. Sus estragos se verificaron en presencia de Gasendi, quien se atribuye muchos y muy particulares enagenamientos del espíritu. Se hallaron en el número de las víctimas mas hombres que mugeres y mas

jóvenes que viejos. En la oracion fúnebre de madama de Montausier, habla Flechier de un tifus muy terrible que hubo en Paris en 1631 : «La infeccion, dice el orador sagrado, se esparció por el pueblo, pasó á las casas de los grandes, se aproximó al palacio de los reyes, etc.» En 1636 Lóndres tuvo que sufrir aun otra vez los desastres de la peste que le usurpó 10.400 habitantes. Epidemia mortífera afligió la Holanda durante muchos años consecutivos, particularmente en los de 1636, 1637 y 1638. El médico Dimerbroeck, que con tan feliz éxito prescribió el régimen caliente, levantó la voz en su tratado *De la peste* contra la poca limpieza que se observaba en las calles de Tolosa y de Paris, que él consideraba como puntos donde residia un foco muy activo de epidemia pútrida. El médico aleman Stentzel opina lo propio en su libro *De los venenos*, y aun aconseja que desde

los primeros momentos en que se manifiesta el contagio se saquen de las ciudades las cabras, los gatos y sobre todo los perros. En 1644 murieron de la peste en Venecia 60.000 habitantes, y 500.000 en el restante territorio de aquella república, que era la cuarta parte de su poblacion. Habiéndose en el año 1648 declarado en Cataluña una epidemia pestilente, la flota española llevó aquel azote á las Indias orientales, y á su regreso que fue en el año 1649 la introdujo en Andalucía y en Cádiz. Perecieron 100.000 habitantes, segun Lacepede, en las solas ciudades de Cádiz y Sevilla. La peste desoló la isla de Cerdeña en 1650; y asimismo la Provenza, las cercanías de Paris y en particular la ciudad de Drecs, donde el poeta Ratrou se restituyó apresuradamente á la primera noticia que tuvo del peligro en que estaban sus compatricios, y pereció víctima de su valerosa

decision. La peste reinó en Moscow desde el mes de julio hasta el de setiembre de 1654, con tal malignidad, que segun dice Oleario, muchos habitantes que en sus casas no habian esperimentado la menor impresion, morian de repente por las calles. El gobierno ruso tomó entonces el partido de interceptar toda comunicacion con la capital. En la misma época apareció el propio azote en Cracovia, Dantzic, Konigsberg y Holanda: la sola ciudad de Leyde perdió 13.000 habitantes. El Nord-Holanda sufrió especialmente sus estragos; pero la proximidad del invierno puso fin á ellos. En 1656 una terrible epidemia recorrió la Italia, especialmente los estados de Génova, y asimismo la Alemania y las provincias meridionales de la Rusia. La peste se introdujo en el reino de Nápoles, y hubo dia que en sola la capital se contaron 1300 víctimas. En Génova la mor-

tandad fue de 1600 personas en un dia, y de 12.000 en una semana. En 1660 murieron de la peste en Nápoles 123 médicos, segun asegura Guido Patino; y dice que fue muy funesta á los hombres de temperamento robusto, y que no dañó á las mugeres ni á los niños.

Lóndres y muchas partes de la Inglaterra se vieron afligidas por una horrible peste en 1665 : esta fue introducida en aquel reino con unos géneros proeedentes de Holanda, pais que un año antes habia sido infestado por una embarcacion turca cargada de algodon : en menos de un año perecieron mas de 100.000 habitantes. Un fuerte desvarío se apoderaba de los enfermos tanto en sus casas como fuera de ellas: andaban errantes, corrian, vacilaban y caian como si el vino les hubiera embargado las facultades: otros esperimentaban copiosos sudores, que sin serles de ningun alivio solo servian

para quitarles rápidamente las fuerzas. Este desastre dió motivo á que se pusieran en ejecucion muchas medidas de salubridad, largo tiempo é inútilmente reclamadas, tales como la abertura y ensanche de las calles, etc. etc. El Parlamento de Paris prohibió que se recibiera en Francia ningun género procedente de Inglaterra, de Escocia ni de Irlanda; pero á pesar de esto, la enfermedad burló cuantos obstáculos se le opusieron: habiendo penetrado en los Paises Bajos en 1666, se introdujo en Francia y llegó hasta Reims, Soissons, etc., y desoló la ciudad de Laon en 1668. El arzobispo de aquella ciudad, Cesar d' Estreés, que despues fue cardenal, ausente entonces del lugar de su residencia, se apresuró á volver á ella para socorrer á los habitantes y sufrir la misma suerte. Los magistrados de la Provincia y el Intendente se manifestaron émulos de su valor. Por último,

los primeros hielos sufocaron totalmente el contagio, cuyo fin se celebró solemnemente en 10 de febrero de 1669. Cuenta Scheffon en su obra intitulada *Laponia*, que en 1670 se introdujo la peste en Laponia con una porcion de cáñamo procedente de Riga : las mugeres que se emplearon en hilarlo fueron las únicas víctimas que hubo ; pues el rigor del clima no tardó en sufocar el contagio. En 1678 una epidemia escorbútica hizo grandes estragos en Holanda, donde no escusó edad, sexo ni condicion ; atacando con especialidad á los ricos de tal suerte, que en la ciudad de Leyde de setenta magistrados que habia anteriormente solo quedaron dos. Al año siguiente, la misma enfermedad se manifestó en Inglaterra y con especialidad en el condado de Derby. Una peste maligna, que fue llevada desde Turquía al Austria, arrebató en 1680 50.000 personas á Viena.

Por el otoño de 1684 la peste se manifestó en Lóndres, donde hizo tan rápidos progresos que en una semana murieron 8.000 personas; continuó, sí bien que con menos fuerza, por todo aquel invierno; y al llegar la primavera desapareció enteramente.

Se ha observado muchas veces que las comarcas húmedas y pantanosas encierran en sí un fómes perpetuo de epidemias, que sino se combate vivamente, no tarda en producir los mas desastrosos efectos. Lo que sucedió en Holanda en 1661 parece ser una nueva prueba de ello. El verano fue muy caluroso; las aguas de los canales de aquel pais se corrompieron, y una terrible epidemia se declaró á fines del mes de agosto. En 1667, 1669 y 1679 la ciudad de Leyde se vió espuesta á unos contagios terribles. Las dos terceras partes de la poblacion perecieron sin distincion de estado, edad ni

sexo. En 1695 el Tíber salió de madre, y llenándose de agua todos los conductos y pozos de Roma, como asimismo los sitios mas bajos que hay en sus alrededores, el aire atmosférico se corrompió, y la tierra se llenó de una multitud estraordinaria de reptiles y de insectos, y muchas calenturas malignas destruyeron gran parte de la poblacion romana durante los tres meses de junio, julio y agosto. Sin embargo, desde aquella época se observó en muchos paises de Europa una gran mejora, con relacion á las precauciones indicadas para prever las enfermedades contagiosas, y aun mas para discernir el empleo de los medios curativos. Estos felices resultados se deben particularmente atribuir á los descubrimientos médicos de Guillermo Harvey, los cuales han tenido una prodigiosa influencia sobre el régimen sanitario de los tiempos modernos.« Con tales cono-

cimientos, dice Gueneau de Montbeillard en la traduccion de una memoria italiana sobre los descubrimientos del espíritu humano, se podrá adquirir en poco tiempo el arte de penetrar los fines de la naturaleza, para secundarlos y cooperar á los esfuerzos que hace siempre contra las enfermedades.... El error en nada consiste, pues es nada y nada representa; la verdad lo es todo, pues tiene relacion en los séres reales y verdaderos. En aquellos paises embrutecidos por la supersticion y el despotismo y que en nada participan de los pogresos que la civilizacion hace en los demas, tales mejoras son por lo regular imposibles, porque casi siempre encuentran obstáculos invencibles por parte de las preocupaciones, de las costumbres, y aun á veces de las mismas leyes. Por ejemplo: el supersticioso respeto que tienen los Turcos á ciertos números es quien ha

dictado la prohibicion de dejar salir por una de las puertas de Constantinopla mas de 999 cadáveres en un dia; porque despues de pasado este número, la puerta se debe cerrar: de lo que resulta en las épocas en que hay peste, que como los cementerios están fuera de la ciudad, las demas puertas cercanas á ellos quedan pronto inutilizadas. Por otro lado, los doctores de las mezquitas han conseguido hacer considerar las epidemias y pestes, aun las mas desastrosas, como favores muy particulares de su Profeta, persuadiendo á la gente crédula y supersticiosa (como lo es casi toda la de Turquía) que aquellos azotes no ocasionan estragos en los paises mahometanos sino cuando hay grandes brechas en las murallas del Paraíso; porque entonces puede el Profeta introducir en él con mayor facilidad á sus devotos y zelosos musulmanes para que hallen allí toda suerte

de placeres y delicias. Semejante fanatismo escita mucho tiempo ha la indignacion de todos los hombres ilustrados de los demas paises. «Los Turcos, dice el viajero Tournefort, no merecen vivir; pues ven morir de aquella enfermedad 5 ó 600 personas cada dia sin hacer la menor gestion, ni tomar medida alguna para evitarla ó combatirla; y no empiezan sus procesiones sino cuando ya la enfermedad se lleva cerca de 1.200 personas cada dia: y las ropas de los apestados se venden en aquel pais con la misma facilidad que las de las personas que han muerto de vejez ó de muerte violenta.» El mismo Tournefort, que viajó por las principales comarcas del Oriente en los primeros años del siglo XVII, da una justa idea de la ignorancia y embrutecimiento de los habitantes, haciendo mencion de los diversos medios sanitarios de que se valen durante aquellas calami-

dades. Tambien deseribe algunos contagios de que halló algunos paises infestados, y entre otros habla de una epidemia que dice ser muy eomun en la isla de Milo, la eual se lleva los niños en 48 horas. Consiste en un tumor negro que se les hace en la garganta, acompañado de una terrible calentura: esta enfermedad, que se puede llamar *peste de los niños*, es epidémica, aunque no hace la menor impresion en los adultos. La precaueion mas necesaria que se debe tomar es hacer vomitar á los niños luego que se empiezan á quejar de que les duele la garganta ó euando se observa que se les carga la cabeza: el remedio se repite segun haya neeesidad, siendo lo esencial hacerles arrojar una especie de agua fuerte que se desprende de la garganta.

En 1707 se deelaró la peste en muchas partes de Polonia: en Craeovia duró cineo meses, y morian diariamen-

te mas de 40 personas, sin escepcion de sexo ni edad. La misma peste se propagó en Sicilia, y las gentes morian en 24 horas.

En 1707 y 1708 las viruelas se llevaron 16.000 de Islandia, que es lo mismo que la quinta parte de la poblacion. En 1709 una enfermedad epidémica tiranizó la Livonia ; y cundiendo luego hasta Rusia y Prusia, perecieron de ella 247,000 individuos. La Suecia, despoblada ya mucho tiempo habia por las continuas guerras que tuvo Cárlos XII, se vió además afligida en 1710 por una peste que hizo perecer en Estokolmo 30.000 habitantes, y que ocasionó mayor estrago en el otoño que en las demas estaciones, cosa que se habia observado ya en otros muchos paises. La peste introducida en Dinamarca se declaró en Elseneur y en Copenhague en 11 de abril de 1711, causando la muerte á 22,000 habitantes de esta úl-

tima ciudad. En 1713 mas de 100,000 personas murieron en Moscow; y habiéndose aquel azote introducido en Austria, quitó en Viena la vida á 8.000. Este desastre es considerado como época de la última aparicion de la peste en aquel pais; porque antes, dicen los escritores alemanes, el Austria podia con fundamento temerla á lo menos una vez cada diez años. Los autores que acabamos de citar atribuyen las frecuentes irrupciones que antes hacia en aquel pais, tanto á la ignorancia de los pueblos, como al defecto total de policía sanitaria.

La ciudad de Marsella se vió infestada de la peste en 1720, siendo los Turcos quienes le hicieron tan funesto presente. Papon dice que el contagio fue introducido por el navío del capitan Chataud, que habia salido de Trípoli de Siria, y al cual habian obligado á trasportar desde aquella ciudad hasta

la isla de Chipre algunos Turcos que se hallaban infestados y que comunicaron la enfermedad á la tripulacion. Chataud entró en Marsella en 25 de mayo sin haber hecho cuarentena, y no tardó en morir víctima del contagio con toda su familia. Los estragos que hizo aquel azote fueron prontos y terribles, por motivo de que los médicos y los magistrados no conocieron al principio sus síntomas, y de consiguiente no tomaron ninguna medida de precaucion. Pero la valerosa constancia de un médico jóven llamado Peyssonél, que manifestó alta y libremente su opinion (aunque esta era distinta y enteramente opuesta á la de sus compañeros) sobre la calidad y naturaleza de aquella enfermedad, atemorizó por fin al Parlamento de Provenza, quien prohibió en 2 de julio bajo pena de muerte toda comunicacion entre los habitantes de la Provincia y Marsella, bien que

continuando al propio tiempo en publicar que la enfermedad no era contagiosa; y esto á pesar de que los médicos y cirujanos últimamente nombrados para asistir á los enfermos habian declarado que era la peste. El mal atacaba de ordinario con un gran dolor de cabeza, ansias de provocar y un abatimiento general; algunos enfermos morian de repente sin haber esperimentado antes ningun síntoma precursor; otros morian al cabo de algunas horas, y otros al segundo ó tercer dia; mas los que llegaban al cuarto podian tener alguna esperanza de vida. Lo que algunos médicos prescribieron en los primeros momentos fue no menos ridículo que ineficaz, y aun á veces nocivo. Por ejemplo: se encendieron grandes hogueras por espacio de tres dias en las plazas públicas y enfrente de las casas infestadas; se quemó azufre para purificar los efectos, las ropas y las

habitaciones de los apestados, etc. Pero lo único que consiguieron usando de tales medios solo fue dar mayor actividad al contagio. Chirao, primer médico del Regente, habia dado consejos todavía mucho mas estravagantes: queria que se alquilaran violines y tambores para que así se divirtiese la juventud y se desterrara la tristeza y la melancolía, etc. Todos los habitantes abandonaron sus casas, y se embarcaron ó se fueron á vivir al campo. Todas las administraciones salieron de la ciudad, y lo mismo las religiosas; pero ni el obispo Belzunce ni su clero quisieron separarse de ella. Ayudados de algunos regidores animados por el ejemplo de tan bella decision, aseguraron con sabia prevision las provisiones y mantenimientos para la ciudad, acudiendo á todas las necesidades con un valor y caridad dignos de todo elogio. Tan generoso comportamiento escitó por to-

das partes el interés y la admiracion; y el Papa, á quien conmovió muchísimo cuando lo supo, envió tres mil cargas de trigo á los Marselleses, y publicó indulgencias á favor de los que darian de comer ó beber á los apestados ó á los que tendrian sospechas de estarlo. La peste cesó en 20 de agosto de 1721, habiendo perecido en ella 40,000 personas en la ciudad, y 10,000 en el campo. Una bala ó fardo de seda procedente de los géneros llevados á Marsella por el capitan Chataud fue hurtada, y con ella se introdujo el contagio en Baudól pequeña ciudad cerca de Tolon; donde la entró un patron llamado Cancelin en 5 de octubre de 1720, á pesar de las precauciones tomadas por la prevision de los magistrados. La aparicion de la peste en Provenza dió ocasion para que todos los habitantes sin distincion de clases manifestaran la mas generosa emulacion : eclesiásticos, reli-

giosos, jóvenes, ricos de ambos sexos, todos rivalizaban en zelo y ardor para socorrer á los enfermos; y hasta las mismas cortesanas, dice el historiador Papon, hicieron instancia para servir en los hospitales. La mortandad causada por aquella peste en todo Provenza está tasada en 86,000 individuos, en cuyo total figura la ciudad de Tolon por 16,000 personas.

Antes de adoptar el método de la inoculacion y de la vacuna, las viruelas eran consideradas en todo Europa como uno de los azotes mas peligrosos. En 1720 murieron de ellas en Paris 20,000 habitantes; y en 1733 hicieron no menores estragos en Groenlandia: la poblacion de aquel pais, evaluada el año 1730 en 30,000 habitantes, fue reducida á 7,000. En vano los enfermos procuraban apagar su ardiente sed con el hielo: no pudiendo muchos de ellos soportar unos dolores y sufrimientos

que hasta entonces no habian conocido, entraban en una especie de furor y se daban la muerte con un cuchillo, ó se precipitaban al mar. En 1738 los Rusos llevaron á Ukrania la peste que habian contraido en Okzacow cuando tomaron aquella ciudad á los Turcos. Juan Federico Schuller, que en 1750 publicó una relacion de aquella enfermedad, dice que la sufrieron con especialidad las mugeres embarazadas y las muchachas que habian llegado á la pubertad; pero que los niños cuya edad no llegaba á ocho años no la tuvieron. Otra particularidad no menos estraña es que las mugeres cuyo embarazo era de tres meses no se vieron acometidas de ella; mientras que un gran número de las que estaban mas adelantadas, abortaban y morian. La peste hizo terribles estragos en Sicilia en 1743: 75,000 personas perecieron en la sola ciudad de Mesina. Se

observó entonces que una muger que habia sufrido la peste en Marsella, y un esclavo que tambien la habia tenido en Levante, asistieron á los enfermos sin esperimentar los efectos del contagio, del cual los conventos tambien estuvieron exentos. Una horrible peste se manifestó en Constantinopla en 1751, y diariamente perecian 1,200 personas. El mismo azote asoló la Transilvania desde el mes de octubre de 1755 hasta fines de enero de 1757 : en el bannato de Temeswar, de 6,677 individuos que esperimentaron el mal, murieron 4,303. La peste fue llevada desde Egipto á la Morea en 1756; y afligiendo aquel pais por cinco años consecutivos, la mitad de la poblacion desapareció. En Patrás encerraron en un recinto murallado á los Judíos, donde casi todos perecieron por el hambre y el contagio. En 1760 una horrible peste hizo muchos estragos en Siria,

en Chipre y otras muchas islas vecinas.

Hay algunas comarcas que están mas espuestas que otras á esperimentar ciertas enfermedades muy singulares, cuyo orígen se ha buscado en vano hasta ahora ya en algunas circunstancias esteriores, como por ejemplo la constitucion atmosférica del pais, ya en la organizacion, el alimento ó las costumbres de los habitantes. Entre los muchos ejemplos de contagio en que han ejercido inútilmente la perspicacia de su ingenio los mas hábiles médicos y naturalistas se deben citar aquellas *toses* y aquellas *tenaces calenturas* que, segun cuentan varios viajeros, se apoderan de los habitantes de algunas de las islas Hebridas al momento en que algun estranjero desembarca en ellas. Trascribirémos pues las curiosas particularidades que con este motivo se han publicado. El misionero Kennet Macacelay, que visitó en 1758 san Kildas

la mas septentrional de las islas Hebridas, cuenta que cada año, cuando el arrendatario de aquella roca (alquilada por once libras esterlinas anuales) que tiene título de gobernador, va á satisfacer el impuesto ó tributo, al instante toda la poblacion, mugeres, niños y viejos, se ve sobrecogida de la tos que esperimentan siempre por la presencia de algun estranjero en el pais. Esto no puede ser causado por la imaginacion, porque tambien observan los mismos efectos aquellos isleños que se hallan totalmente ignorantes del arribo de los estranjeros. La epidemia, dice Macaulay (que habla como testigo ocular), se manifiesta en todas estaciones y se repite otras tantas veces cuantas el gobernador desembarca en la isla. «El hermano del gobernador actual, que es eclesiástico de nuestra Iglesia, y tan sabio como veraz, me ha dicho (son los mismos términos de que

usa Macaulay en su relacion) que habia visto á los habitantes de san Kildas acometidos de aquel frio singular tres repetidas veces al desembarcar su hermano en cierta ocasion en que hizo tres viajes á san Kildas en menos de dos meses...... La respetable Sociedad instituida para propagar el Evangelio y algunas personas de superior talento me habian encargado que procurase adquirir las noticias mas exactas sobre el particular; pero les puedo asegurar, lo mismo que al público, que no hay un Kildiano, ni un solo habitante de Harris que haya estado en san Kildas, de quien yo no haya tenido una unánime confirmacion sobre la verdad del hecho. Cuando yo desembarqué en san Kildas todos sus habitantes (cuyo número era entonces de 88) gozaban de perfecta salud, menos dos mugeres que acababan de parir; pasaron dos dias de esta manera, y yo me empezaba ya

á persuadir de que mi visita no les seria dañosa..... Al tercer dia algunos isleños sintieron síntomas evidentes de la enfermedad, como frio escesivo, ronquera, tos, espectoracion, etc.; y en el espacio de ocho dias toda aquella pequeña república se vió infestada de tan estraña epidemia, que en algunas personas iba acompañada de fuertes dolores de cabeza y accesos de calentura, etc. De otra parte, las habitaciones y los vestidos de los Kildianos exhalan un olor muy nocivo para un estranjero, y lo mismo su aliento; de suerte, que durante dos ó tres dias se respira un aire espeso y muy incómodo, etc....»

La *coqueluche* es una enfermedad epidémica muy comun en Suecia: desde el año 1749 al de 1764 se llevó 43,393 niños, de los cuales 21,543 eran varones, y los restantes 21,850 hembras; pero de todas las que asolaron aquel pais, la mas fuerte fue la que

se esperimentó en 1769. En 1767 las tres cuartas partes de la poblacion de Kamtschatka perecieron de resultas de las viruelas : esta enfermedad, hasta entonces desconocida en aquel pais, fue llevada allá por un soldado ruso, segun la relacion del tercer viaje del capitan Cook.

En 1769 la peste hizo muchos estragos en Polonia; y segun el historiador aleman Juan de Muller, 250.000 habitantes de la Volhynia, de la Ukrania y de la Podolia perecieron en el espacio de algunas semanas. Una fiebre maligna contagiosa reinó en Moscow y en las comarcas vecinas en 1770 por espacio de muchos meses. La peste que se habia declarado en Valaquia durante la guerra, se introdujo de nuevo en la antigua capital del Imperio moscovita por el mes de noviembre, con tanta violencia, que jamás se habia esperimentado igual. El médico Samoi-

lowitz, que hizo la descripcion de ella, atribuye su propagacion á la comunicacion de los ejércitos Rusos con los de los Turcos. El doctor Mertens logró preservar del contagio el hospicio de los niños huérfanos de Moscow, aislando totalmente aquel establecimiento. Pero un populacho bárbaro, contraviniendo á las medidas mas sabias, cométió terribles escesos. Al mismo tiempo una multitud de apestados salieron de los hospitales y cometieron toda clase de desórdenes. El gobernador de la ciudad se vió precisado á atacar aquellos miserables al frente de la guarnicion, haciendo perecer en el Krout á cuantos cayeron en su poder. La peste se introdujo en 6,000 casas, de las cuales 3,000 quedaron totalmente desiertas, otras 7,000 fueron purificadas y 2,000 enteramente demolidas. Un censo hizo constar que el número de muertos en la ciudad y sus cerca-

nías habia sido de 100,000. Aquel azote ejerció especialmente sus furores sobre la clase mas ínfima del pueblo y sobre los indigentes, siendo muy pocas las víctimas que se contaron entre los nobles y los comerciantes. Los médicos lograron tambien eximirse de él, manteniéndose á cierta distancia de los apestados; pues la enfermedad no se comunicaba por el aire, sino por el contacto. En el dia 1.º de diciembre de 1771 Moscow fue declarada sana y libre de la peste, y el Senado de aquella ciudad dió facultades en 1775 al Colegio de medicina para publicar la *Historia de aquel azote*, que forma un volúmen en 4.º de 652 páginas. En 1773 la peste se manifestó en Méjico, y en seis dias se llevó 30,000 personas. En aquel mismo año quitó la vida en Bagdad y Bassora á 80,000 individuos. En 1782 se manifestó en la Bosnia, desde donde se estendió hasta Dalmacia á pesar de

las precauciones tomadas para impedir toda comunicacion con el primero de aquellos paises. En Espalatro de 2,261 apestados murieron 1,264, y se estinguieron 63 familias. En Dalmacia reinó el contagio hasta 1784, y se llevó la décima parte de la poblacion. En el mismo año de 1782 la peste afligió igualmente á Constantinopla, y un horrible incendio destruyó al mismo tiempo 40,000 casas en la misma ciudad. En 1784 el mismo azote hizo perecer en Esmirna 20,000 habitantes, 30,000 en Túnez; 80,000 en Levante en 1786, y otros tantos en Egipto en 1792. La ciudad de Fez en Berbería y sus cercanías perdieron por la misma causa en 1799 274.000 habitantes. La peste afligió á Gibraltar en 1804 y 1805, y tambien se manifestó en España en el discurso de aquel mismo año. En 1812 en Malta; y luego en Esmirna, de donde se llevó 35,000 individuos. En 1815

apareció en Noja en el reino de Nápoles, y de 950 personas atacadas del contagio murieron 728.

Juan Howard publicó en 1785 una coleccion de observaciones que él mismo habia reunido en los principales lazaretos de Europa, y en ella manifiesta las mas sabias consideraciones sobre la marcha y tratamiento de las enfermedades pestilentes, segun la aseveracion de los facultativos mas célebres. La esperiencia ha demostrado despues cuan acertadas eran aquellas reflexiones : pues las mejoras del régimen sanitario son tales, y los felices resultados que se han obtenido son tan incontestables, que en 1812 durante el contagio pestilente que reinó en Odessa por espacio de cuatro meses y algunos dias, sobre una poblacion de 30 y algunas mil almas, tan solo 5,331 individuos fueron acometidos del mal, de los cuales solo 2,656 perdieron la

vida. Ninguno de los galeotes que cuidaban de enterrar los muertos, esperimentó la menor sensacion: llevaban siempre vestidos encerados ó embreados; usaban guantes empapados en aceite, y todos los dias se frotaban el cuerpo con él. En 1798 en Jaffa Mr. Desgenettes empleó tambien con muy buen éxito las fricciones oleosas. El P. Luis de Pavía director del hospital de Esmirna tambien ha reconocido la eficacia de aquel remedio, que le fue indicado por Mr. Jorge Baldwin cónsul general de Inglaterra en Alejandría. En un año, en que la peste mató en Egipto un millon de habitantes, los fabricantes de aceite y los que comerciaban con él, se vieron libres del contagio. La misma observacion se hizo en Túnez; y en fin se ha notado que los curtidores y zurradores que emplean el aceite para la preparacion de las pieles, casi siempre han sido exen-

tos de las epidemias. En estos últimos años el aceite de olivas bebido ha sido empleado como preservativo y como curativo de la peste en muchas comarcas del Africa, aunque á la verdad sin que el éxito se haya podido asegurar de fijo. Se ha llegado á decir que de 2,000 personas atacadas del contagio en Larache (reino de Fez) que usaron de este remedio, murieron tan solo 10; y en 1815 un médico español pretendió tambien haber curado por medio del mismo tratamiento la mayor parte de los Judíos de Tánger: de 300 enfermos, aseguró que solo 12 habian fallecido. Por fin, el tiempo y la esperiencia darán á conocer lo que se puede esperar de la pretendida eficacia de este medio. En 1819 el uso de los lazaretos fue adoptado en Egipto, y poco despues abandonado por órden espresa del Sultan.

En el dia se halla ya bien demostra-

de que la peste es oriunda de las costas septentrionales ú orientales del Africa, como del reino de Marruecos, de Bervería, del Egipto y de Siria, y tambien de la parte de Asia que circuye el Mediterráneo, por ser endémica de aquellos paises. Esta terrible enfermedad presenta los mas estraños fenómenos: ataca á individuos de todas edades, pero con menos frecuencia á los ancianos; por lo general el frio la hace cesar, pero en Egipto reina en invierno especialmente, y desaparece por el mes de junio. Se ha observado que en el Cairo los aguadores, que por razon de su oficio están siempre llenos de humedad, no la contraen jamás. Tambien se notó en la de Lóndres de 1665 que la mayor parte de las habitaciones de los *comerciantes de tabaco* habian sido exentas de ella.

El prusiano Riedsel, que estuvo en Constantinopla en 1786, afirma que *los*

leprosos jamás la esperimentan, y que á consecuencia de esta observacion en la isla de Candía los apestados no dejan nunca de ir á ocupar las chozas de los leprosos, cuya dolencia es tambien muy frecuente en aquella isla; y Peissonél cónsul de Francia en Esmirna, en su historia de aquel pais, confirma la observacion hecha sobre los leprosos. Cuando se declaran las viruelas en un pais donde la peste está ejerciendo sus rigores, esta última desaparece espontáneamente. Un hábil y valeroso facultativo, el doctor Valli quiso probar si la inoculacion de la materia virulenta seria útil para neutralizar el contagio pestilente: al efecto pasó á Constantinopla y practicó sobre sí mismo la doble inoculacion; pero contrajo la peste, cuya curacion logró con mucho trabajo, y aquella peligrosa esperiencia no tuvo despues otras resultas. Se ha notado tambien que las viruelas ino-

culadas á los apestados no progresan ni se desarrollan; y que esta operacion practicada despues de verificada la invasion de la peste, tampoco detiene los efectos de esta última.

Muchos autores citan hechos verdaderamente estraordinarios relativos á la sutileza del contagio pestilente, á la prontitud ó rapidez con que obra, y á la propiedad que le atribuyen de conservar su actividad por un tiempo indeterminado. El doctor Hodges, autor de una obra sobre la peste de Lóndres en 1665, dice haber estado de visita por la mañana en casa de una señora que tenia todas las apariencias de salud, que habia comido con apetito, y que no obstante murió aquella misma tarde; conjetura el referico doctor que aquella señora, que en aquel mismo dia habia visitado á unos apestados, habia conservado entre sus ropas el gérmen del contagio, cuyo desarrollo habia sido

rápido. El mismo autor cuenta que otro sugeto habia contraido la peste pasando por encima de un tapiz de Turquía; y que una señora por haber respirado el olor de un pañuelo infestado procedente del mismo pais, habia caido muerta de repente. Fracastor cuenta que en el año 1511 les ocurrió á unos soldados alemanes que se hallaban en Verona en número de veinte y cinco, ponerse uno despues de otro cierto vestido de cuero; y que todos murieron de la peste, la que además se llevó mas de 10.000 habitantes. Foresto, otro médico italiano, habla de un jóven á quien una tela de araña comunicó la peste, y de otro que tambien la contrajo por haber tocado un hilo infestado. El P. Kircher ya citado cuenta asimismo que el portero de los jesuitas de Roma adquirió la peste por haber dado un puntapié á un perro que la tenia. Tambien refiere el caso de un cuervo que vino á

caer muerto sobre la plaza pública de cierta ciudad de Italia, y una porcion de niños que jugaron con él y le arrancaron una pluma cada uno contrajeron la peste, que no tardó en asolar la ciudad. Mercurial refiere que unas moscas que habian salido de cierta casa infestada, donde habian estado sobre los cuerpos de los enfermos ó sobre sus ropas, llevaron la peste á las demas casas sanas y bien cuidadas poniéndose sobre el pan y sobre otros alimentos. «He oido decir á uno de nuestros antecesores, dice el médico Ellain que escribia en Paris durante la peste de 1606, que los albañiles que trabajaban en una casa que tenia cerca del Ponceau murieron todos de la peste por haber sacado de las rendijas de una pared ciertas hilachas ó estopas infestadas de mas de siete años, por haber otro tanto tiempo que la peste habia estado en Paris.» Afirma Sennert que la peste se comunicó á

Breslau en 1553 por algunos efectos apestados que estaban encerrados desde el año 1543; y en fin, Ingrasias, aquel célebre médico que en 1575 libró á Palermo su patria de una peste muy maligna, refiere que en Milan un sacristan sacó de detrás de un cofre arrinconado una cuerda que habia servido para enterrar los muertos en una epidemia que hubo 25 años atrás, y que el mismo sacristan murió despues de haber comunicado un contagio de que murieron 50.000 personas.

No será ocioso añadir á unos hechos tan estraordinarios algunas noticias sobre los medios mas particulares que se han empleado en varias épocas, ya como preservativos, ya como curativos de la peste. Los antiguos fabricaban siempre el templo de Esculapio fuera del recinto de la ciudad, para manifestar así que el aire del campo es el mas puro y mas sano. Consideraban el aire

como un vehículo de todo contagio, y así es que en tiempos de peste encendian grandes hogueras para purificarle. Por esta misma razon Empédocles y Acron hicieron arder bosques enteros. Hipócrates tambien recurrió al mismo medio, como lo hemos manifestado mas arriba; y en la gran peste de Marsella de 1720 se empleó asimismo. Muchos autores del siglo XVI dicen que el olor de la pólvora es un escelente preservativo. «Leemos, dice uno de ellos, que los soldados se libraron de la peste cuando la habia en Tournay cargando las piezas de artillería con pólvora sola y disparándolas por la noche y al rayar el alba.» El médico Hecquet, que escribió en 1722, aconseja que se hagan grandes esplosiones en el aire, como descargas de cañon, de mortero ú otras semejantes. «El humo de los hornos de cal, añade, ú otros vapores semejantes forman nubes artificiales, que llenando

la atmósfera de una ciudad de moléculas gruesas, húmedas y pesadas, forman como una especie de barrera entre los lugares infestados y la ciudad que se ve amenazada.» Se dice que los soldados griegos alejaban la peste de sus campamentos por medio de canciones; y que un cierto Thaleta curó de ella á los Lacedemonios con los acentos de su música. En tiempos mas posteriores se acostumbraba llevar sobre el corazon un saquito con arsénico: se dice que el papa Adriano VI°. hizo uso de este preservativo con muy buen éxito. El azogue fue empleado tambien para el mismo fin. El médico Ellain anteriormente citado dice que la clase inferior del pueblo se puede valer de verdadero mitridato, el cual es muy recomendable por su antigüedad, por la autoridad que le dió el príncipe que lo inventó haciendo uso de él, por ser su preparacion muy fácil, contener pocos ingredientes, y ser de

poco coste y grande eficacia. Despues que Lucio Pompeyo hubo vencido á Mitridates, halló la espresada receta escrita de su propia mano en un gabinete donde aquel rey tenia guardadas sus mayores preciosidades. Esta se compone de dos nueces secas, de dos higos de *cabats*, de veinte hojas de ruda, molido todo con un grano de sal: y decia la tal receta que cualquiera que tomase en ayunas dicha composicion, no peligraba de veneno ni ponzoña por espacio de veinte y cuatro horas. El mismo facultativo encarga mucho á los que van á visitar enfermos que se vistan de camelote, sarga de Arrás, tafetan ú otras telas semejantes; y los que no tengan medios para ello, añade que lo podrán suplir con marroquí, terliz de Alemania ú otro buen lienzo. Los prácticos que existian á principios del siglo XVIII recomendaban asimismo como una precaucion muy útil acerca de las personas

infestadas, el ponerse siempre en paraje donde les diera el aire; escupir á menudo y no tragar la saliva; untarse bien las narices con mitridato ó triaca, etc. Otros prescriben como un escelente preservativo hacer uso de malos olores, como por ejemplo, el del macho cabrío y sus orines. Los Romanos acostumbraban meter entre sus vestidos corteza de limon, y llevar en la mano unas manzanitas de olor. En 1720 se llevaban en Francia amuletos de limon y de ajo, y creian que el opio tomado interiormente tenia propiedades antipestilentes. El médico Pestalossi prescribia como escelente preservativo de la peste, un cauterio *potentiel* en una pierna ó en un brazo para las personas repletas y gruesas. Mercurial dice que en una peste que hubo en Venecia se esperimentaron con este método los mas felices resultados. Pero de cuantos medios pueda haber contra el contagio, los Romanos consideraban (y

con razon) la fuga como el mejor y mas seguro de todos, siempre y cuando era posible ponerla en ejecucion. La llamaban *el antídoto de los tres adverbios* y la hicieron proverbio, como se ve por el siguiente dístico:

Hæc tria tabificam pellunt adverbia pestem:
Mox, *longè*, *tardè*, cede, recede, redi.

Este fue el partido que tomó el emperador Cómmodo en la peste que hubo durante su reinado. Segun refiere Herodiano, se retiró á un bosque de laureles que habia junto al mar en un monte llamado *Lauretum*, y que aun hoy dia conserva el nombre de *Lauretto*. Prefirió sin duda aquel sitio porque el laurel era entonces mirado como preservativo de aquella.

Hay asimismo algunos medios curativos, practicados en diferentes épocas, que son dignos sin duda alguna de que se haga mencion de ellos. El médico Toxares hizo regar con vino las calles de Atenas durante una epidemia que

desoló aquella ciudad. «Cuando Marco Aurelio hacia la guerra á los Panthos (dice Pestalozzi) sobrevino una peste, segun cuenta Simplicio, que se curaba con vino y aceite mezclado todo junto.» El ejército de Carlo Magno sufrió otra cuya específico era una especie de *cardo*, que despues ha sido llamado *carlina* ó *carolina*...En tiempo de Galeno, aquel célebre médico de Pérgamo, hubo otra que se curaba felizmente con sal amoníaco. El famoso médico aleman Rivinus prescribia como remedio eficaz para curar los bubones aplicarles un sapo muerto: otros los mandaban frotar con aceite de alacran. Platero prescribia los vejigatorios: para el bubon de las ingles aplicaba el vejigatorio en el dedo gordo del pie que le correspondia, y para el de los sobacos, en el pulgar de la misma mano. Ambrosio Paré aplicaba sobre ellos un cataplasma del hollin de las chimeneas, con sal comun y yemas

de huevo. Hecquet recomendaba que mientras sudaban los enfermos se les aplicara sobre el abdómen un pedacito de pan tostado untado con triaca, y un pedacito con espíritu de vino alcanforado; y despues de haber sudado, que se les administrase un buen caldo, saturado con unas gotas de zumo de limon. Contra el frenesí ó delirio violento empleaba las ventosas escarificadas sobre las pantorrillas; y tambien pollos ó pichones vivos abiertos por medio, puestos sobre la cabeza ó en las plantas de los pies de los enfermos.

La diversidad de opiniones sobre los varios métodos adoptados y seguidos por los médicos mas hábiles para tratar las enfermedades pestilentes, no es menos que la que hay con relacion á las causas de ellas. Ellain arriba citado se espresa del modo siguiente: «Hemos dicho que la peste (cualquiera que sea la causa que la produce) se manifiesta

por señales y accidentes propios y peculiares suyos que la caracterizan. La que proviene de contagio ó corrupcion del aire tiene por lo regular algunas señales precursoras que indican su venida, y entre las cuales se presentan las conjunciones de los planetas maléficos, la aparicion de estrellas que se acostumbraban ver anteriormente, los cometas, los grandes eclipses, los terremotos, el año bisiesto, etc.» El mismo médico añade que en su tiempo, cuando los lobos hacian mucho estrago en los hombres, se tenia por una gran señal de peste. La opinion de Alessandri y de Réaumur de que los insectos de que á veces el aire está poblado pueden causar epidemias, es muy antigua; y en algunas tesis ó conclusiones recientemente sostenidas en ciertas universidades de Italia, se ha querido probar que la peste de Oriente era producida por la picadura ó por la

presencia de ciertos animalillos imperceptibles, que hasta ahora habian escapado al cuidado y perspicacia de los observadores. Aunque los prácticos establecidos mucho tiempo ha en aquellas comarcas del Levante donde la peste ejerce sus mayores furores hayan manifestado adherir á esta conjetura, con todo, para que adquiera una verdadera importancia y para que pueda producir métodos de tratamiento mas eficaces que los hasta ahora conocidos, es de desear que con el socorro de todos los medios que el adelanto de las ciencias de Europa permite emplear, se justifique aquella asercion con hechos numerosos de todas clases en las comarcas donde el mal reside de ordinario. Quizás no será ocioso el añadir aquí que la opinion de que el orígen y propagacion de algunas enfermedades cutáneas se debe á ciertos animales microscópicos, va adquiriendo cada dia

16

indudablemente nuevos partidarios.

Infinitas observaciones parece que han probado que los metales, las piedras, la tierra, la madera, los cuerpos grasientos y los betunes encierran una especie de repulsion contra la materia contagiosa; al paso que la lana, la seda, el algodon, el cáñamo y el lino la atraen, la conservan, y la comunican (*). En el Levante, cuando aquellos sugetos que anteriormente han pasado la peste se quejan de dolores muy agudos

(*) Un médico ilustrado acaba de dar la siguiente noticia de los artículos ó géneros que no son susceptibles de comunicar el miasma pestilente. El pescado seco y salado, las aceitunas, las naranjas, los limones, las granadas, las almendras, ciruelas, higos, uvas, castañas, avellanas, nueces, peras, manzanas y otras frutas que no tienen vello; el vino, licores espirituosos, vinagre, los aceites guardados en toneles, cántaros y otras vasijas menos el que está en pellejos; los dulces, la manteca, el queso, el tabaco de hoja ó para fumar, la sal, las especias, el jabon, las

en los parajes donde han tenido bubones, se tiene por señal cierta de que ha de volver. Esta enfermedad no siempre presenta el mismo aspecto ni los mismos caracteres, y cambia segun la diversidad de individuos que ataca; pero sus síntomas mas ordinarios son: la opresion, la ansiedad, el delirio, las convulsiones, el abandono de las fuerzas, un calor interno que abrasa, las hemorragias, los vómitos y las cámaras.

El *tifus* es una de las epidemias mas funestas de Europa. Se ha calculado

cenizas, la sosa, los metales no reducidos á moneda y el vidrio. Todos los demas artículos, como el lienzo, paño, vestidos, papeles, libros, pieles, cueros, y sobre todo los zapatos y botas, que han usado ó tocado los contagiados, la carne, el pan mismo, y la plata amonedada, son sospechosos y no se deben tocar sino con pinzas de hierro. La carne se purifica echándola en un *baquet* de agua y vinagre, y el pan se pone al humo del fuego, de algun aroma, ó de algun gas mineral.

que de cien personas atacadas por él, las sesenta mueren. Desde 1785 hasta 1804 perecieron de esta enfermedad 24,176 habitantes en la sola ciudad de Milan, donde forma la cuarta parte de la mortandad general.

No se sabe de fijo el paraje donde la *fiebre amarilla* fue observada por la primera vez; pero por lo menos se halla aseverado que á fines del siglo XV existia en las Antillas cuando se descubrió el nuevo Mundo, y que algunos médicos muy ilustrados reconocieron ser una enfermedad descrita por Herrera y por Oviedo, la cual obligaba á los indígenas de las Antillas y de Santo Domingo á mudar de habitacion cada ocho años. Se dice que Cristóbal Colon tambien la esperimentó cuando quiso descansar en la isla de Mona, y que solo pudo evitar la muerte alejándose á toda prisa de aquellas playas infectas. El médico portugués Ferreira de Rosa se di-

ce que fue el primero que manifestó sus verdaderos caracteres en 1690. Desde 1694 hasta 1705 volvió á desolar las Antillas, donde equivocadamente le dieron el nombre de *mal de Siam*. Sin embargo, hay quien ha dicho en estos últimos tiempos que una enfermedad semejante á la *fiebre amarilla* habia sido observada en Nubia, en Abisinia, á lo largo de la costa occidental del mar Rojo, y en las islas de Cerdeña y de Menorca. La *fiebre amarilla* fue introducida por primera vez en Cádiz en el año 1705: el P. Labat, que desembarcó el mismo año en aquel puerto, dice que sufrió la visita de sanidad á motivo de que una embarcacion procedente de América habia introducido una enfermedad contagiosa en la ciudad. En 1730 y 1740 se manifestó en Santo Domingo; en Málaga en 1741; en las colonias inglesas de la América septentrional en 1743 y 1745; en Cádiz en

1730, 1733, 1744, 1753 y 1764: en América se han esperimentado varias erupciones de la misma enfermedad en 1790, 1791, 1793, 1794, 1796, 1799, 1804 y 1805. Casi todas las tropas francesas que habia en Santo Domingo en 1791, 1792 y 1793 murieron. Y 15,000 hombres ingleses que habia en aquellas regiones perecieron tambien víctimas de la misma enfermedad en 1798. De 16,000 hombres desembarcados en Santo Domingo con el general Leclerc, perecieron aquel general y 10,000. Observa Volney que en los Estados-Unidos de América la *fiebre amarilla* ataca con preferencia á los habitantes poco limpios y mal alimentados de los arrabales de las ciudades y demas cuarteles llenos de cieno é inmundicia. Segun el mismo observador, la *fiebre amarilla* aparece en los meses de julio agosto y setiembre, que es la época en que los calores intensos y constan-

tes escitan evidente fermentacion en aquellos montones de materias vegetales y animales. Una epidemia producida por emanaciones cenagosas ocasionó grandes estragos en las tropas inglesas empleadas en una espedicion en Holanda: la guarnicion de Walcheren, compuesta de 18,000 hombres, fue reducida á 9,000; y un gran número de soldados perecieron á su regreso á Inglaterra. *Fiebre amarilla* sufrió la Guadalupe en 1816, 1817 y 1819. La misma desoló á España en 1800, y apareció en Kamtschatka en 1803. En el mismo año volvió á parecer en Málaga, y de 48,000 habitantes que habia en ella acometió á 26,500 y mató á 6,884; volviendo á ella de nuevo al año siguiente y llevándose 7.726 enfermos, de 18,582 á quienes habia acometido. La *fiebre amarilla* apareció en Liorna en 1803, y la mortandad fue de 1,560 personas sobre 5,500 enfermos. La misma enfer-

medad se introdujo tambien en Gibraltar, Cádiz, Cartagena, Granada, Alicante y Antequera; en Cádiz y Cartagena en 1810; en Murcia, Cartagena y Alicante en 1811; y en Cádiz en 1813. La *fiebre amarilla* fue reconocida por tal en la isla de Leon en julio de 1819. Penetró en Cádiz en 8 de setiembre. En 18 de octubre el número de los enfermos en aquella ciudad era de 12,494, en 15 de noviembre de 1,440, con 20 ó 25 muertes por dia. Sobre una poblacion de cerca de 72,000 habitantes, los 48,000 enfermaron, y la pérdida total fue de 4 ó 5,000 individuos comprendidos los muertos de otras enfermedades. En 1819 la *fiebre amarilla* acometió en Cádiz á los animales con la misma violencia que en 1810: y aun se dice que en otros muchos paises de España los pajáros que andaban por el aire caian muertos; y que algunos canarios arrojaban por el pico al tiempo de espirar

una materia semejante á la del *vómito negro.* La enfermedad ejerció particularmente su malignidad sobre los perros y sobre los gatos, las gallinas y los caballos; advirtiéndose asimismo, segun algunos papeles públicos, gran mortandad en los peces. Por lo demás, esta trasmision de afectos epidémicos del hombre á los animales ha sido comunmente notada, como ya hemos manifestado.

Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio hablan de una epidemia que en el año de Roma 291 despues de la guerra de los Volscos tiranizó cruelmente á los hombres y á los animales. En el año 212 antes de J. C., durante el sitio de Siracusa, hubo una peste en Sicilia, que segun el mismo Tito Livio y Silio Itálico que la describieron, acometia al mismo tiempo los hombres, los perros y las aves. San Gregorio Turonense habla de otra enfermedad epidémica que en el año 592

quitaba la vida á los hombres, á los animales domésticos, y aun á los silvestres. Andres Duchéne cita una disenteria que fue general en Inglaterra en el año 1316, y que acometió lo mismo á los hombres que á los animales. Fernel cuenta que la epidemia de 1514 hizo perecer casi al mismo tiempo todos los gatos. En 1515 una especie de *coqueluche* que hubo en Francia dirigió primero su accion contra los carneros y luego contra los hombres. La *influenza* atacaba al mismo tiempo en Inglaterra en 1775 los hombres, los perros y los caballos.

En 1818, 1819 y 1820 una epidemia muy mortífera que hubo en Bengala y en las islas de Francia y de Borbon declararon muchos médicos ilustrados ser el *cólera morbo*, esto es, la misma enfermedad de la famosa peste de 1348 (*), pues se observaron los mis-

(*) El detalle de los estragos causados por esta

mos síntomas en los que la sufrieron: fuertes nauseas, vómitos, á poco intervalo unos de otros y á veces continuos, primero de una materia verdusca y luego casi negra, mezclada con unos copos muy espesos del mismo color. En Bengala hizo esta enfermedad los mayores estragos, porque fue favorecida por la supersticion de los naturales y su ciega confianza en los brahmas, quienes no se valieron para combatirla sino

enfermedad todas las crónicas nos le presentan con las circunstancias mas estraordinarias; pues se lee en ellas que repentinamente aparecieron meteoros singulares; que un fuego caido del cielo ó salido de la tierra habia abrasado una estension de terreno de mas de cien leguas en Tartaria, consumiendo los animales, los árboles y hasta las piedras; que inmensas legiones de insectos venenosos habian cubierto la atmosfera de repente; que en ciertas regiones del Asia habian perecido todos los hombres, y que las mugeres apoderadas de rabia se habian devorado unas á otras.

de los medios mas estravagantes, como eran violentas frotaciones, baños en las aguas del Gánges, etc. Aquel rio estaba lleno de cadáveres de los infelices que habian sucumbido al mal. Los Indios de la clase inferior, que tienen que sufrir continuamente los ardores de un sol abrasador, que no se alimentan sino de arroz, y que no tienen otra bebida sino el agua cenagosa del Gánges, eran los mas espuestos al contagio; de suerte, que á veces en 20 minutos se llevaba los mas fuertes y robustos de ellos.

Los médicos europeos administraron con bastante éxito el *éter sulfúrico*, esto es, 50 ó 60 gotas de él en un vaso de agua. La misma enfermedad fue llevada á la isla de Francia en el mes de noviembre de 1819 por una fragata inglesa, que venia de Calcutta; pero su primera aparicion sucedió en Jessora (ciudad situada á 33 leguas al norte de Calcutta) en agosto de 1817.

Luego fue sucesivamente infestando los paises cercanos, se introdujo en Benarés, distante 300 leguas de Calcutta, y por el mes de setiembre se declaró en esta última ciudad. El ejército inglés se vió acometido de ella, y de 10,000 hombres perecieron 3,000 en 12 dias. Luego pasó á la China donde por el mes de agosto hizo horribles desastres en las provincias septentrionales.

Los estragos que la *fiebre amarilla* hizo en Barcelona en julio de 1821 fueron muy grandes: 80,000 personas (es decir, casi la mitad de la poblacion) salieron de la ciudad. De 70,000 que quedaron en ella, las 25,000 fueron acometidas, y murieron 17 ó 18,000. Los estranjeros de paises frios domiciliados en la ciudad tuvieron menos que sufrir por esia epidemia que por las que habia habido anteriormente. En 16 de agosto de 1817 los profesores de la Facultad médica de Paris fueron consul-

tados por el Ministro del interior sobre los medios que podrian emplearse para precaver el contagio; y dichos facultativos declararon que para librar á los puertos de Francia de aquel azote debia la administracion tomar precauciones sanitarias, y usar los mismos medios que se habian empleado para la peste del Levante; que estos medios eran los únicos sobre cuya eficacia se pudiera contar para impedir tal clase de contagios, y consisten en evitar la comunicacion de la fiebre amarilla, sea por la via del comercio, por hombres acometidos de aquella enfermedad, ó por géneros que puedan contener miasmas contagiosos. Otras invasiones que la *fiebre amarilla* ha hecho en Europa han demostrado cuan sabio era semejante consejo; pues la última que ha habido, que ha sido la de Gibraltar, solo cedió á las mas activas medidas de policía, y á la aproximacion

del invierno. Introducida en aquella plaza en 15 de agosto de 1828, no se anunció en los boletines oficiales con su verdadero nombre sino hasta el 15 de setiembre siguiente y cuando ya habian muerto cerca de 50 personas, de 4 ó 500 que habian enfermado. El fin de aquel azote en aquella ciudad se publicó en 16 de enero de 1829: sobre 6,600 enfermos, murieron 1658; y se observó que la mortandad fue mayor en la guarnicion, compuesta casi toda de soldados jóvenes y robustos, que no en los habitantes: la razon de esto será fácil de comprender si se atiende á que la misma enfermedad habia ya existido anteriormente en la ciudad en 1804, 1813 y 1814; que, segun observaciones que ya han adquirido autoridad de certitud, las personas que ya la han sufrido no la vuelven á contraer segunda vez: los niños tienen poco que temerla, porque de diez que enfermen

apenas hay dos que hagan cama; y que es mucho menos temible para las mugeres que para los hombres. Las observaciones hechas últimamente solo han servido para confirmar á algunos médicos ilustrados, en la opinion, ya recibida mucho tiempo ha, de que la *fiebre amarilla* de América es idéntica con el *cólera morbo*, azote que segun los mismos prácticos amenazó la entera destruccion del género humano en el discurso del siglo XIV. La enfermedad epidémica llamada *vómito negro* es el azote de Méjico; y muchos observadores creen ser la misma que el *cólera morbo* de la India, y que la *fiebre amarilla* de las Antillas ó del continente de la América septentrional, con las solas diferencias que pueden provenir de la localidad y de otras circunstancias fortuitas al tiempo de su invasion. Las épocas de sus mayores estragos han sido los años 1736, 1737,

1761 y 1782. La ciudad de Méjico perdió en este último 25,000 habitantes. Segun se ha calculado despues, de un siglo á esta parte la *fiebre amarilla* ha aparecido veinte y ocho ó treinta veces en Europa. La mortandad que ocasiona es por lo regular de 75 á 80 personas sobre 100 enfermos. Los estragos de la peste guardan la misma proporcion.

Muchos autores nos han trasmitido algunas noticias curiosas sobre ciertos efectos producidos por varias causas, ya físicas, ya morales. Pausanias refiere que las jóvenes de Prœtus y las mugeres de Argos se pusieron un dia á correr por los campos creyéndose trasformadas en vacas. Plutarco asegura que un gran número de jóvenes y muchachas se ahorcaban en Mileto, á causa de un enagenamiento de espíritu que era epidémico. En el Diccionario de Baile, en el artículo *Abdére*, se lee el hecho si-

guiente: «Archelao, escelente cómico, representó la *Andrómeda* de Eurípides delante de los Abderitas, en mitad de un verano muy caluroso y en un teatro descubierto: la muchedumbre de los espectadores era inmensa; y muchos de ellos salieron de allí con una gran calentura causada por el calor del sol, y durante el delirio, presentándose á su imaginacion los personajes de Andrómeda, Perseo y Medusa, recitaban las relaciones que mas les habian gustado en aquel espectáculo, é imitaban aquellos personajes del mismo modo que Archelao: de suerte, que no se encontraban por las calles sino enfermos que declamaban de un modo teatral los principales pasajes de Eurípides. Aquella epidemia duró hasta el invierno.» Segun ya se ha visto anteriormente, el *baile de san Guido* reinó epidémicamente en Alemania. Brodœus y Bonnet cuentan que en el siglo XIV las muchachas de Lion

fueron sobrecogidas de una especie de pasion frenética que las obligaba á echarse en el Ródano. No fue posible hacer cesar aquella estraña enfermedad sino amenazando de pasear desnudas por las calles de la ciudad á las que serian sacadas del rio. En los primeros años del siglo XVII existia en Alemania una enfermedad que todos los que la tenian se creian trasformados en lobos y andaban por los campos dando grandes ahullidos. Finalmente, Boerhaave hace mencion de las *convulsiones epilépticas* que se habian hecho epidémicas por imitacion: estas tuvieron lugar en Leyde entre los niños, pero no prevalecieron contra la amenaza de quemar la lengua con un hierro rusiente á los que las padecerian.

El jesuita Kircher contaba que desde la fundacion de Roma hasta el reinado de Augusto, es decir, en un espacio de cerca de 732 años, habia habido en

Italia ó en Europa treinta y tres *pestes ó grandes epidemias* : el número medio de años entre cada aparicion de estas calamidades se cuenta así de 21 y un quinto. La Europa ha esperimentado noventa y siete epidemias grandes desde J. C. hasta el año de 1680. Durante el discurso del siglo XVII la peste se ha manifestado catorce veces en Europa, y ocho solamente en el siglo XVIII. La diminucion de la frecuencia y de la actividad de las enfermedades populares en nuestros tiempos, ya no admite la menor duda; y es fácil de conocer que las felices innovaciones que ha habido sobre el particular á favor de la época actual, se deben en parte á los adelantos económicos é industriales y á las mejoras introducidas en el régimen de vida y en la eleccion de alimentos. Los progresos de la agricultura han producido un gran resultado sobre la mejora de la salud pública ; muchas

comarcas desiertas se han poblado despues de haber reducido á cultivo muchos bosques y de haber secado aquellas lagunas y estanques que en los siglos anteriores daban pábulo á tantos contagios y enfermedades endémicas, como nos describen las crónicas de la edad media y cuya relacion horroriza. La construccion de edificios, la limpieza de las calles y la libre circulacion del aire son asimismo de todas las condiciones físicas las que mejor prueban la utilidad de los reglamentos sanitarios. Además de esto, seria impropio el no colocar entre las mas felices reformas hechas sobre el particular el haber colocado fuera de las ciudades los cementerios, que á últimos del siglo XVIII estaban aun en el recinto de los lugares habitados. Citarémos finalmente como una poderosa barrera contra las calamitosas irrupciones del azote pestilente el establecimiento de las *cuarentenas* y

lazaretos; y contra las epidemias que en otro tiempo diezmaban tan cruelmente la poblacion, los muchos hospitales y hospicios sometidos á una vigilancia mas ilustrada, donde se estinguen cada dia tantos gérmenes de contagio por la inmediata aplicacion de los varios modos curativos con que se enriquece de continuo el arte de curar.



